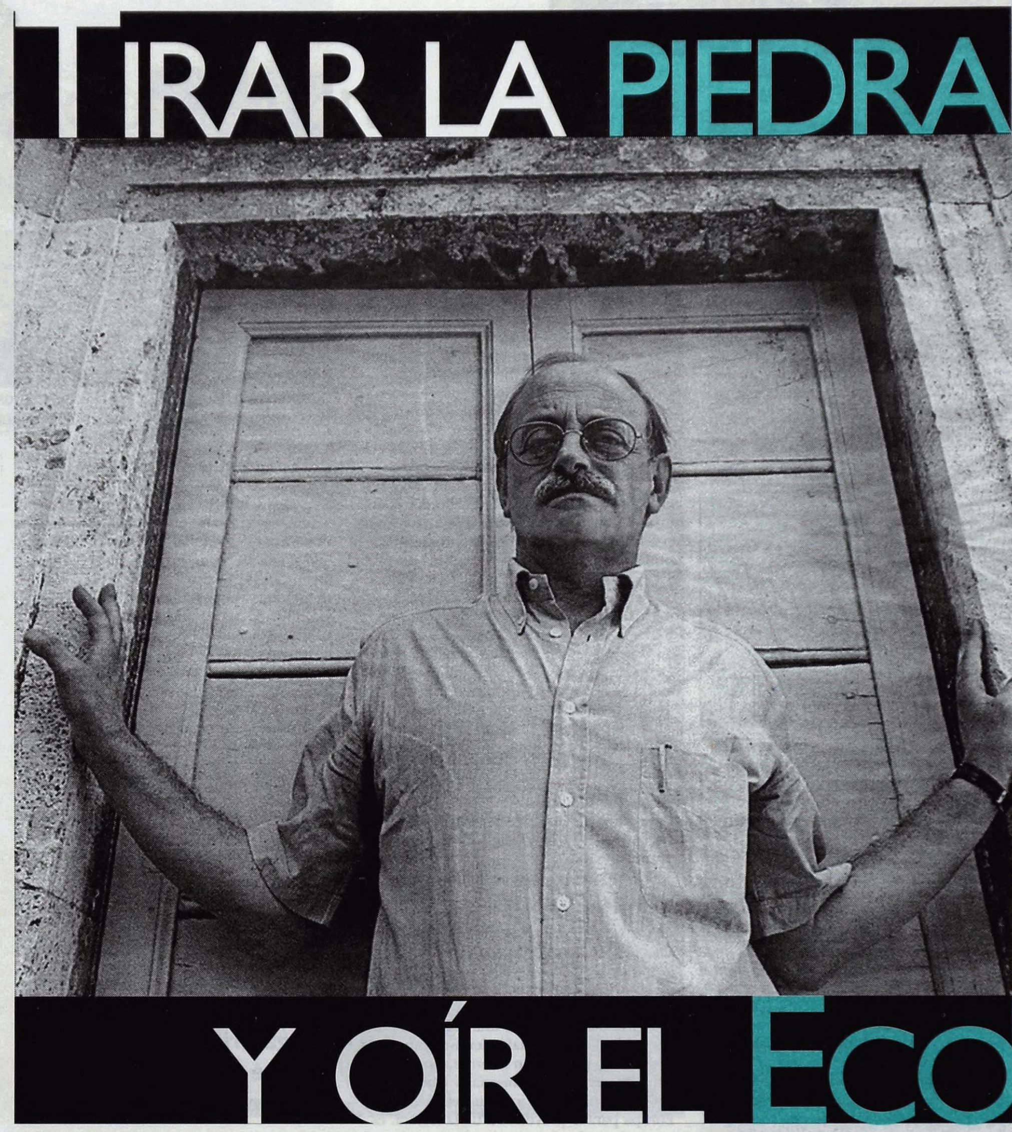
RADAR libros

SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 • 15 DE FEBRERO DE 1998 • AÑO 1 Nº 14

TIRAR LA PIEDRA Y OÍR EL ECO



En una entrevista exclusiva, Antonio Tabucchi se despacha contra Umberto Eco a propósito de lo que ambos consideran un nuevo Caso Dreyfus, aunque con opiniones enfrentadas: el encarcelamiento del periodista Adriano Sofri. La polémica comenzó con un intercambio de artículos y siguió con La gastritis de Platón, un ensayo de Tabucchi que acaba de aparecer en Francia y del que aquí se reproduce un fragmento. El autor de El nombre de la rosa sostuvo que el deber de un intelectual es quedarse callado cuando no sirve para nada; el de Sostiene Pereira, en llamas, le tira por la cabeza a Pier Paolo Pasolini y se queja de los bromistas ingeniosos y su bla bla bla "que vacían el problema de su contenido para llamar la atención sobre su forma". Esto recién empieza.

Por Alicia Martínez Pardiez

Se había prometido que luego de sus dos últimas novelas iba a tomar un año sabático. Pero la polémica que comenzó con un artículo de trece páginas sobre el rol de los intelectuales, en el cual se enfrentó a Umberto Eco (que **Radar** difundió el 31 de agosto pasado), creció hasta que Antonio Tabucchi decidió darle forma de libro: *La gastritis de Platón*. Quizá descanse este año.

El ensayo, recién editado en Francia y próximamente en Italia, no sólo dispara sobre el semiólogo; además, está dirigido a un intelectual de izquierda, columnista de *Panorama* y ex líder de un movimiento revolucionario de los años '70, Lucha Continua. Se llama Adriano Sofri y en 1997 fue condenado a 22 años de prisión por haber mandado a matar, hace más de dos décadas, a un comisario. Tabucchi lo señala como un nuevo caso Dreyfus: desde su punto de vista, no hay pruebas suficientes para condenar a Sofri.

Casi como un cruce entre dos de sus últimos personajes –el periodista de *Sostiene Pereira* y el abogado Fernando Loton de *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro*–, Tabucchi acusa y analiza la función del intelectual ante hechos como la condena a Sofri. El resultado lo puso en el centro de la cultura italiana, pero esta vez no por su exitosa narrativa sino por este ensayo que él llama "panfleto" y que reactualiza su decisión de intervenir activamente en la escena pública.

¿Qué lo llevó a escribir *La gastritis de Platón*?

–La lectura de un artículo de Umberto Eco, publicado en su columna *La Bustina di Minerva* (*El sobrecito de Minerva*, unión entre la diosa de las actividades intelectuales y una antigua marca de papel de armar, *le bustine* Minerva) y titulado "El primer deber de los intelectuales: estar callados cuando no sirven para nada". El texto expone dos tesis: la primera, que cuando una casa se incendia, lo único sensato que puede hacer un intelectual es llamar a los bomberos; la segunda, que no tiene sentido que un intelectual intente convencer con sus artículos a una autoridad, porque ese tipo de mentalidades

TIRAR LA PIEDRA Y OÍR EL ECO

rechazan la palabra escrita. Para Eco, el deber de un intelectual es escribir un manual para educar a los nietos de esa autoridad, de modo que cuando crezcan, no tengan la mentalidad de su abuelo. Me hizo reflexionar mucho... En los últimos treinta años hubo muchos incendios en nuestro país, como las bombas que mataron a decenas de personas en la estación de Bologna. Llamar a los bomberos no me parece suficiente: quiero conocer las causas del incendio. ¿Fue intencional? ¿Fue un cortocircuito? En fin, decidí escribir lo que pensaba en un artículo, "Un fósforo para Minerva", al que luego agregué otras consideraciones que completaron esta especie de panfleto literario.

¿Cómo decidió el título del ensayo?

–En ese mismo artículo Eco sostenía que invocar la palabra de los intelectuales frente a hechos actuales resulta tan decepcionante como reprocharle a Platón no haber inventado el remedio para la gastritis. Yo creo, en cambio, que ése, justamente, es uno de los deberes del intelectual: reprocharle a Platón no haber inventado ese remedio.

¿Cómo reaccionó Eco?

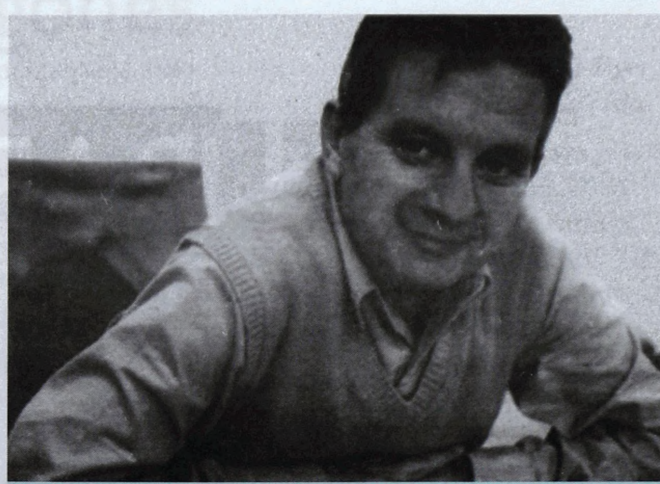
–Al principio adoptó una postura distante y ausente, casi senatorial. Admirable, ¿no? Un espíritu científico muy distinto a las reacciones de algunos de sus compañeros del difunto Grupo '63 quienes, pese a su edad ya considerable, a veces se dejan llevar por deplorables impulsos verbales, realmente lastimosos. Después escribió un artículo difícil de interpretar, sobre el modelo del acertijo, en el que evoca a Leopardi, nuestro gran poeta romántico, pero en tono irónico. Allí observaba que a la gente le interesa poco saber si Leopardi había detestado las chicas de Recanati, su ciudad natal, y que el único personaje que cuenta es Silvia, la única señorita que quedó en su poesía. No estoy seguro de a quién se refería, si a mí o a Sofri. De todas formas, Sofri le respondió con una ironía helada recordándole que, efectivamente, Leopardi detestaba a las chicas de Recanati pero que, en compensación, le gustaban las de Pescara, un pueblo vecino. Que es lo mismo que decir que a Gustave Flaubert no le gustaban las chicas de Croisset, pero sí las de Rouen.

***La gastritis de Platón* está dirigida a Adriano Sofri. ¿Por qué lo eligió como interlocutor?**

–El encarcelamiento de Sofri representa, en mi opinión, un nuevo Caso Dreyfus; punto de vista en el que, por cierto, coincide Umberto Eco. En los años '70, Sofri fue uno de los líderes de Lucha Continua, un grupo de izquierda revolucionaria. Después de sus años de militancia, se destacó como pensador, a través de escritos y conferencias, y como director de una colección muy conocida de la editorial Palermo. Entre otras cosas, Sofri publicó un informe sobre las condiciones de las comisarías y cárceles, elaborado por una comisión del Consejo de Europa para la prevención de la tortura. Es un intelectual coherente, a quien condenaron a 22 años de prisión de un modo totalmente injusto. Se lo culpó como presunto instigador del asesinato de un comisario, ocurrido en 1972, con una única prueba: el testimonio de un arrepentido, llamado Marino, de extraño pasado, y que además, según confesó, atravesó una crisis mística. No existen otras evidencias. Las pruebas que se podrían haber utilizado en el proceso fueron destruidas o desaparecieron: la ropa del comisario fue vendida; su coche se destruyó y la bala asesina desapareció.

El año pasado usted publicó dos artículos que también desataron polémicas ("Intelectuales, cúbranse: llueven piedras" y "Soy un albanés"). ¿El debate sobre la función de los intelectuales en la sociedad se mantiene con vida en Italia?

–¡Qué pregunta optimista! El rol de Pier Paolo Pasolini frente a lo que llamaba "el poder del palacio", es decir, la corrupción del Estado, quedó sepultado, desde los magníficos años '80, bajo la presión del socialismo a la Bettino Craxi. Entonces se impuso un modelo de vida, que aún mantienen los continuadores del pensamiento de esa época. Si los intelectuales pueden ser un bacilo, en este momento el bicho está aletargado. En Italia reina la *broma ingeniosa*, pero una broma muy diferente del *mot d'esprit*, a la Voltaire, o de aquella subversiva de Karl Kraus. Nada de eso: se trata de un bla bla bla fundado sobre la retórica, de la mera agudeza que vacía el problema de su contenido para llamar la atención sobre su forma. En fin, la manifestación de una inteligencia



ADRIANO SOFRI, EL PERIODISTA Y EX DIRIGENTE DEL GRUPO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA LUCHA CONTINUA, CUYA CONDENA A 22 AÑOS DE PRISIÓN REPRESENTA UN NUEVO CASO DREYFUS PARA TABUCCHI.

estéril pero aristocrática, que recuerda la cháchara de la corte de Luis XIV en Francia. O, aquí, en Italia, evoca a la máscara de Arlequín, tan típico de nuestra cultura y de la Commedia dell'Arte; no olvidemos, además, que sirve a dos patrones. Claro que hay varios niveles estilísticos de esta *broma ingeniosa*, de la vulgaridad travestida de snobismo refinado al ejercicio frío de una inteligencia geométrica. Pero comparten la inspiración: el cinismo.

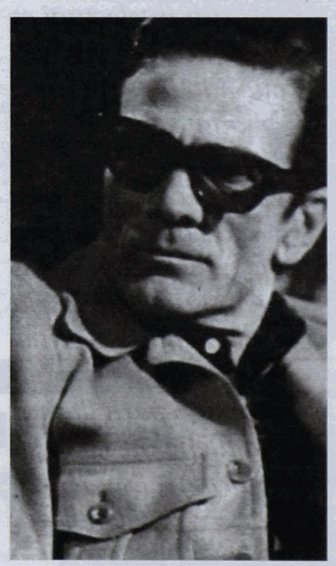
¿Cuáles son los bromistas ingeniosos de hoy?

–Podría mencionar a algún cronista de un gran diario, eventualmente progresista, que trata con el mismo tono burbujeante el problema de los indocumentados o de los albaneses, como el de los pedófilos o las torturas en Somalía, para después evocar a Gucci y las cuerdas vocales de la Callas o de la última cantante de moda, quizá calva.

> **"Eco sostiene que invocar la palabra de los intelectuales frente a hechos actuales es como reprocharle a Platón no haber inventado el remedio para la gastritis. Yo creo que ése es uno de los deberes del intelectual."**

Tanto en su ficción como ante distintos hechos sociales, usted ha asumido la denuncia. ¿Cree que ése es el papel que deben cumplir los intelectuales en la sociedad?

–Preferiría hablar de la función hipotética del intelectual que, según mi opinión, no es tanto la de crear crisis sino la de poner en crisis. En particular, poner en crisis aquellos hechos que no lo están y aquellas personas muy convencidas de su posición. ¿Cómo se hace? Denunciando los abusos del poder, mostrando el lado oculto de la realidad. Nombrar ese lado oculto ya es importante. Con respecto al compromiso o el escritor comprometido, qué decir... Me parecen términos inoportunos, que jamás he usado y que en Italia provocan un disgusto inmediato porque se los asocia con la idea del comunismo. Hoy ningún escritor o intelectual quiere ser comunista, aunque casi todos lo hayan sido en el pasado. Hay que entender que Italia es un país muy católico; el sentimiento de culpa es uno de los grandes motores del catolicismo... y el arrepentimiento también.♣





ARRIBA, DERECHA: PIER PAOLO PASOLINI, INTELECTUAL QUE TABUCCHI CITA COMO EJEMPLO CONTRA LOS BROMISTAS INGENIOSOS, ENTRE LOS QUE ELÍPTICAMENTE INCLUYE A UMBERTO ECO (ARRIBA).



DEME DOS

Debe haber alguna forma para que el recorrido por las mesas de saldo adquiera la liviana gracia de ciertos pasos de baile y no sea una excursión larga y torpe por una multitud de libros más y menos interesantes. Hasta que aparezca esa forma, una recorrida por las mesas de *La oferta*. *La oferta* es una librería dedicada exclusivamente a las ofertas. Las ofertas son muchas y *La oferta* son tres: Corrientes 1910, 1716 y 1375. Las tres tienen los mismos precios y la que está al 1910 es la más completa.

Oferta Pier Paolo Pasolini por $5. *Una vida violenta*; la inconclusa y póstuma *Petróleo* (ambas Seix Barral) y *San Pablo* (Ultramar), edición en papel de lo que llamó "mi película no realizada", en la que situaba a San Pablo "aquí, hoy, entre nosotros".

Oferta Gore Vidal por $5. *Imperio*, una biografía más o menos apócrifa del fin de siglo pasado y comienzos de éste por la que desfilan el magnate Hearst, el presidente Roosevelt, Henry James, los Vanderbilt y los Astor. A unos libros de distancia, está la secuela: *Hollywood*, ambientada durante la década del '20 en ese suburbio de Los Angeles y en la que se suman al desfile el presidente Wilson, Charles Chaplin y estrellas varias de la era del jazz. En *Washington D.C.*, al lado, Vidal se dedica a diseccionar la capital del imperio.

Joyas aisladas: edición tapa dura de *Plan de evasión* (Edhasa) de Adolfo Bioy Casares, *Notas para la definición de la cultura* (Bruguera) de T. S. Eliot y *En brazos de la mujer madura*, de Stephen Vizinczey (Seix Barral).

Oferta de 1 por $3, 4 por $10: *Cuento de hadas en Nueva York*, de J. P. Donleay; *Un mes de domingos*, de John Updike; *Decadencia y caída* (Sudamericana) y *Regreso de Brideshead* (Seix Barral), de Evelyn Waugh. Y *El libro de las pruebas*, de John Banville, en una bonita colección "Narrativas Contemporáneas" de Edhasa y en la que vale la pena rastrear a Donleavy, Madox Ford, Lampedusa y Salinger.

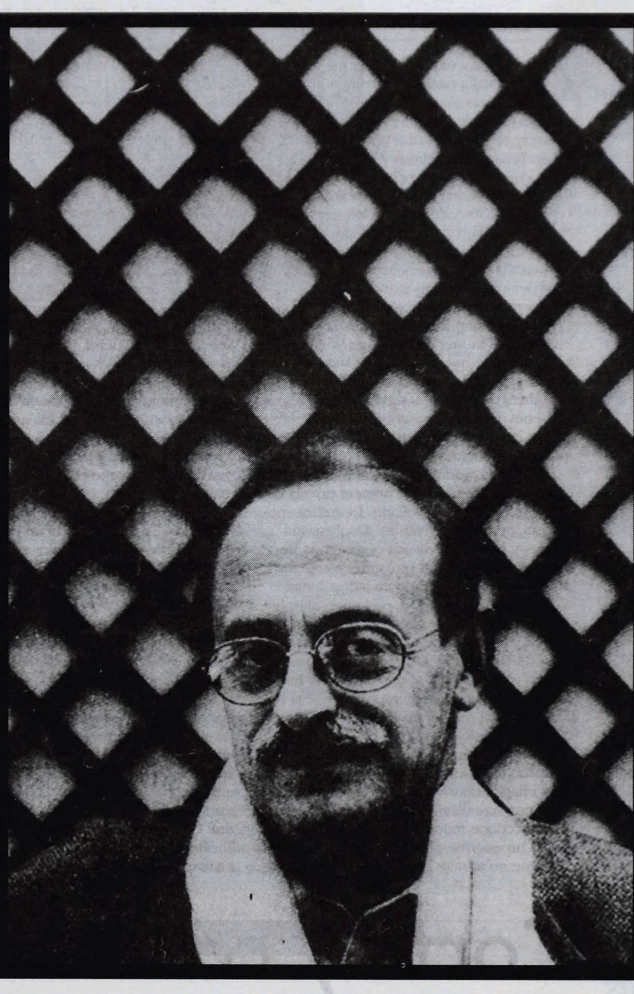
Al pasar. A pocas cuadras, en la entrada de Gandhi (Corrientes 1551), la primera novela de Marcel Proust: *Los placeres y los días* (C. S. Editores, traducción de Marcelo Menasché y $11). Un poco más adelante y a la izquierda, la sensacional oferta: los siete tomos de *En busca del tiempo perdido* (también de C. S. Editores y mismo traductor) por $39: menos de $6 cada uno, pero todos juntos y empaquetados.

Juan Ignacio Boido

La gastritis de Platón

Publicado en Francia y próximo a editarse en Italia, este ensayo marca otro round en la polémica entre Antonio Tabucchi y Umberto Eco.

Antonio Tabucchi



Quien eventualmente haya intuido que *Finnegans Wake*, de James Joyce, es "un libro que no termina porque comenzó de cierto modo, pero se puede decir que comenzó porque termina de ese modo" (Umberto Eco, "La poética de Joyce"), se encuentra frente a una suerte de prohibición. Aquel principio no sirve para nada: sólo le sirvió a Joyce para escribir ese libro. Y, es cierto, no todos son Joyce. Pero como dice Gertrude Stein, "los pequeños artistas tienen todos los dolores y todas las infelicidades de los grandes artistas, sólo que no son grandes artistas". Y si este principio es verdadero, también es verdadero que, con sus dolores e infelicidades, todos los pequeños artistas, aunque no puedan escribir el *Finnegans Wake*, pueden, al menos, sentirlo y utilizarlo como una ganzúa para abrir la puerta de realidad.

En fin, no se trata de que los pequeños artistas (o, si queremos, los intelectuales) deban escribir una obra como el *Finnegans*, pero pueden ejercitar su función cognoscitiva. Es decir, pueden tratar de recorrer el discurso al revés, con una lógica que no obedece a una secuencia conformista de la realidad, y que posee aquel tipo de conocimiento que, como dice Thornton Wilder (citado por Eco en su ensayo), "lo da la inteligencia que reduce el miedo". Y aquí estamos frente al principio de Hermann Broch, quien habla de "misión", algo que Eco, entre otras cosas, niega explícitamente. Esa "misión del poeta" permite al artista superar la sensata pero limitadísima lógica de Ludwig Wittgenstein, que parece constituir el modelo del artículo de Eco, ya que él acepta hablar sólo de aquello que se conoce. Y es justamente aquí, que mi interpretación del intelectual difiere de la de Eco y francamente prefiero el segundo Wittgenstein, quien afirma que, en ciertas cosas, una lógica demasiado perfecta y pulida resulta peligrosa: se puede resbalar como sobre una superficie de hielo. (Dice: "Dadme la fricción y el terreno áspero", cito de memoria).

El deber del intelectual (pero quisiera insistir: también el del artista) es precisamente ése, querido Adriano Sofri: reprocharle a Platón no haber inventado el remedio para la gastritis. Esa es su función (y especifico: función esporádica). Por eso, en un artículo anterior, respondiendo a un conversador que quería hacer de los intelectuales una institución, yo había hablado de función. Si no fuera así, ¿qué hacemos con Joyce? ¿O con Benjamin? ¿O con Rimbaud? ¿Los tiramos a la basura? ¿Los dejamos relegados, encuadernados, en nuestras preciosas bibliotecas? ¿Los metemos en el desván, como objetos que ya nadie usa? ¿Qué hacer entonces con Pasolini, nuestro amado Pasolini, quien afirmó "Yo sé" sobre todos los misterios de Italia? De su saber nosotros conocemos que, de hecho, no sabía nada. Y sin embargo sabía todo. ¿Ya lo olvidamos? Yo no lo olvidé, y creo que tampoco usted, querido Sofri. Pero quizás no sea superfluo citar aquel texto de Pasolini, titulado "Yo sé", de 1974:

> **"¿Qué hacemos con Joyce? ¿O con Benjamin? ¿O con Rimbaud? ¿Los tiramos a la basura? ¿Los dejamos relegados en nuestras preciosas bibliotecas? ¿Los metemos en el desván, como objetos que ya nadie usa?"**

"Yo sé, yo sé los nombres de los responsables de lo que se llamará golpes de Estado (porque en realidad son una serie de golpes instituidos como sistema de protección del Poder).

Yo sé los nombres de los responsables de la masacre de Milán de diciembre de 1969.

Yo sé los nombres de los responsables de la masacre de Brescia y de Boloña en los primeros meses del '74.

Yo sé los nombres de la cumbre que manejó a los viejos fascistas, a los nuevos fascistas.

Yo sé porque soy un intelectual, un escritor que trata de seguir todo lo que sucede, de conocer todo lo que se escribe, de imaginar todo lo que no se sabe o todo lo que se oculta, que coordina hechos lejanos, que junta pedazos desorganizados y fragmentarios de un cuadro político, entero y coherente, que restablece la lógica donde parece reinar lo arbitrario, la locura y el misterio". Este saber de Pasolini por tanto, no pertenece a la lógica de Wittgenstein, sino a un conocimiento conjetural y creativo, a ese "algo que no es conocimiento intelectual y no se puede traducir como tal y que, sin embargo, lo precede y lo sostiene, y sin el cual quedaría fluctuante, por más grande que sea su precisión y claridad." (María Zambrano, "La confesión: género literario"). Creo que Zambrano hizo perfectamente explícita la idea de que el conocimiento intelectual y el conocimiento artístico pueden conjugarse en una miscelánea muy fecunda, en la cual un ingrediente necesita de otro ingrediente, y donde cada uno de ellos, solo, puede resultar menos eficaz. Si se entiende así la figura del intelectual, su función cognoscitiva (aun como conocimiento perturbador) puede ser de gran vitalidad.

No es fácil hacer luz. Como decía Eugenio Montale, tenemos que conformarnos con transmitir la luz de un fósforo. Ya sería algo importante intentar encenderlo. Incluso un fósforo de Minerva.♣

(Traducción: A. M. P.)





ESTE SI

Un poema de Fernando Noy

Dice que tiene más de quince y menos de cien años: no está dispuesto a decir su edad. Según los días, nació en Buenos Aires o en el pueblo Ingeniero Jacobacci, de Río Negro. Pero siempre, siempre, habla de los territorios por los que ha deambulado: Bahía –donde, transformista, fue Reina del Carnaval–, Europa, cada rincón de Buenos Aires. Quizá por eso escribe en cualquier lado: "En la góndola de un supermercado, en un ascensor, en el 60 (ese Rolls Royce amarillo de los pobres)". En realidad, aclara el poeta de *El poder de nombrar* y *Dentellada* –ambos agotados pero inolvidables–, plagia a una voz que lo acompaña: "Podría decir que, en lugar del ángel de la guarda, esa voz es la del ángel que aguarda ese momento de comunicarse". Y, de paso, se autodefine con una frase de Maiacovski: "*No soy un hombre, soy una nube en pantalones*. Una metamorfosis ambulante y permanente".

En alguna época fue famoso por su participación en el viejo Parakultural con Batato Barea, Alejandro Urdapilleta y Humberto Tortonese. Su vestimenta llamativa era una marca: "Llega con un traje negro a finas rayas amarillas, el pantalón un poco corto, bufanda con guardas, gabardina gris sobre los hombros, gorra, gafas negras y un enorme bolso de paja con una flor restallante de color fucsia", lo describió Susana Viau. El traje, un regalo de una amiga; la gabardina, un préstamo de Paco Jamandreu; el bolso, un hallazgo en la basura. Ya no. Ahora cree que las cinco figuras señeras del underground nacional fueron "Batato, Batato, Batato, Batato y Batato, por lo tanto, está muerto: el underground fue una masacre embozada".

Organiza banquetes de poesía donde puede, con una convicción: "Si todos los bardos hiciéramos bardo, formaríamos un borde que nos libraría del Borda". Hasta los diarios tradicionales lo han descubierto, claro que como una curiosidad: "Noy, trovador de fin de siglo", o "Un corso a contramano". Parte de la fábula que él mismo tejió a su alrededor, que a veces impide percibirlo como el buen poeta que es, el que oculta su obsesivo trabajo tras una apariencia de glamorosas iluminaciones. Mientras se espera su nuevo libro de poemas y su biografía de Batato, un poema de *Dentellada*:

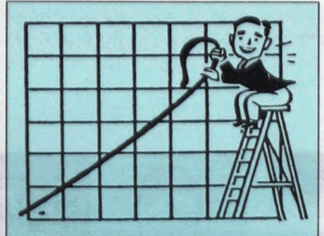
Carta a la diva

No

No estarás sola
al modo de una propaganda
que la autopista oxida
Sólo eso querías
Hacerte producto
Marca
Patente
Envoltorio incólume
Recetario falso
Sello que otorgue vida
Piedra
Pluma

Figura de lo infiel
Escribo mi nombre en el borde lustroso
del afiche

"Se trata de..."
"Se trata de..."
Arrojando monedas a las palomas



BOCA DE URNA

Ficción

1. **Afrodita,**
Isabel Allende
(Plaza & Janés/Sudamericana, $ 24.90)

2. **La quinta montaña,**
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

3. **Plata quemada,**
Ricardo Piglia
(Planeta, $ 17)

4. **El alquimista,**
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

5. **La matriz del infierno,**
Marcos Aguinis
(Sudamericana, $ 22)

6. **El caballero de la armadura oxidada,**
Robert Fisher
(Obelisco, $ 9,50)

7. **Cuentos para pensar,**
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 18)

8. **Desde el diván,**
Irving Yalom
(Emecé, $ 18)

9. **El albergue de las mujeres tristes,**
Marcela Serrano
(Alfaguara, $ 20)

10. **El anatomista,**
Federico Andahazi
(Planeta, $ 17)

No ficción

1. **El grito sagrado,**
Pacho O'Donnell
(Sudamericana, $ 14)

2. **Los nuevos ricos de la Argentina,**
Luis Majul
(Planeta, $ 20)

3. **El amor inteligente,**
Enrique Rojas
(Planeta, $ 17)

4. **Un mundo sin periodistas,**
Horacio Verbitsky
(Planeta, $ 20)

5. **River Plate, el campeón del siglo,**
Miguel Bertolotto(Temas, $ 35)

6. **La inteligencia emocional,**
David Goleman
(Javier Vergara Editor, $ 16)

7. **Cuyano alborotador,**
José Ignacio García Hamilton
(Sudamericana, $ 18)

8. **Sostiene Pinti,**
Enrique Pinti
(Sudamericana, $ 13)

9. **Historias asombrosas pero reales,**
Victor Sueiro
(Planeta, $ 17)

10. **Mundo Quino,**
Quino
(Ediciones de la Flor, $ 9)

Librerías consultadas: Angel Martínez, Ateneo, Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Interlibros, La Compañía de los libros, Librerío, Norte, Prometeo, Santa Fe, Tomás Pardo, Yenny; Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Rayuela, Ruben Libros (Córdoba); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, La Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados.

Una batalla familiar



CACERIA DE MADRES
Geneviève Brisac
Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997
202 páginas, $ 12

Liliana García

Comencé a explicar a Eugenio el plan de batalla para los próximos días y las horas siguientes". Eugenio no es un granadero de la corte de Inglaterra, y quien se refiere a los días por venir –vísperas de Navidad y "últimos y siniestros días del año"– en términos bélicos no es la reina Isabel desde su cargo de coronel de la Guardia de Granaderos, sino la madre de Eugenio. En la batalla que se desarrollará sin prisa, sin pausa y sin piedad, el tiempo se presenta como un enemigo silencioso.

El personaje, felizmente dotado de voz, es una madre que habla, reflexiona, ironiza y no se compadece de sí misma. Con este perfil y la inevitable asociación con las brujas a la que invita esta *Cacería de madres*, se podrían haber llenado páginas y páginas de panfletos reivindicatorios, pero Geneviève Brisac escribió una novela donde la tensión entre los personajes logra inquietar al lector.

Cacería de madres obtuvo el premio Femina (París, 1996) y es la primera novela de Brisac traducida al castellano. La autora –periodista, editora y novelista– despliega sin alardes y con una delicada pero aguda ironía tópicos ya clásicos que aun en este fin de siglo siguen poniendo en jaque a cualquier mujer que, después de haber cumplido con el destino de su anatomía por propia voluntad y decisión en pleno ejercicio de sus facultades mentales, insiste en recordarse a sí misma que el deseo es cosa mundana y la familia parece imposible si ella no permanece al pie del microondas o de la videocasetera adelantándose, de ser posible, a las pruebas de fuego del vampiro de sus días, como dice de Eugenio su madre.

La imagen de un niño y su madre paseando por las calles de París puede parecer enternecedora; mucho más la de ambos cargando un enorme pino para una celebración que no admite semejante soledad, o eligiendo canarios, o compartiendo el vértigo de una playa virtual con clima y olor a subterráneo pero con la gente sin ropa. ¿Quién podría imaginar que la madre de Eugenio está librando una batalla donde el hijo es el botín y ella la presa? ¿O que pasa por una prueba de instinto e inteligencia para lograr un cargo de madre vitalicio?

El clima es tenso y la armonía entre ambos personajes se desarma a cada página cuando reiterativas frases de Eugenio suenan como alarmas: "Me aburro"; "tengo hambre"; "todo el tiempo estoy solo". Desde su trabajo en una biblioteca pedagógica, la madre de Eugenio responde: "Mira un documental sobre la vida de los pingüinos que dejé sobre el televisor". Pero al chico ya no le interesan los pingüinos.

Si no hay McDonald's que satisfaga lo suficiente, mucho menos un viaje en tren a Bretaña, donde vive la mejor amiga de la madre de Eugenio, una verdadera *patriarca* en su función, que intentará poner orden en nombre de proteger la supuesta fragilidad, o "gen de irrealidad" de su amada amiga. Eugenio se aburre mucho durante el viaje en tren. Le gustaría jugar a las cartas, pero no tienen. "Si hay guerra, hay guerra y tengo ideas para cuando hay guerra", piensa la madre. ¿Y por qué no armar un juego de cartas cortando servilletas y dibujando las figuras que corresponden? Las arman (más de 32, porque Eugenio quiere jugar al póquer), y aunque son hermosas la guerra ya estaba perdida. "Siempre te equivocas, siempre, mamá". Finalmente la palabra del padre se hace oír por boca del hijo y la acusación no se demora: "Dijo que estás un poco loca... que siempre estamos los dos solos, que todo eso es muy peligroso".

El desenlace de la novela sorprende por sus recursos y desbarata cualquier teoría extrema de corte feminista a la que se pueda recurrir para quedar en paz al cerrar el libro. No, no es suficiente con afirmar como se lee en la contratapa "que los hombres tienen la ley de su parte". *Cacería de madres*, por suerte, es bastante más que eso. Un par de claves interesantes: una, Eugenio es un gran admirador de la reina Isabel, sigue su vida paso a paso. Su madre se pregunta quién le habrá hablado de "esa momia con sombrero", y está segura de que fue el padre. Otra: la novela termina con una alusión al célebre suicidio de otra inglesa, reina a su manera, pero que no ha tenido hijos.♣



BUND, HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO JUDIO
Israel Laubstein
Acervo Cultural, Buenos Aires, 1998
224 páginas, $ 16

Marcelo Birmajer

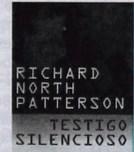
En su relato "Sabbath in Gehenna" ("Sábado en el infierno"), Isaac Bashevis Singer describe a un grupo de judíos iluministas de principios de siglo que intentan cambiar las condiciones de vida en el infierno. El final, por supuesto, es que el demonio les ordena regresar sin chistar a sus condenas. Quizás este extraño cuento pueda ser una buena metáfora de los militantes del Bund, el movimiento obrero judío surgido en Europa oriental, que intentaban cambiar sus países y el mundo, mientras muchos de sus vecinos y compañeros de trabajo pensaban en cómo deshacerse de ellos y del resto de los judíos. Como en el relato de Singer, también en la historia del Bund hace su irrupción final el demonio: la bestia nazi aniquiló físicamente al noventa y nueve por ciento de sus militantes, por ser judíos.

Bund, Historia del movimiento obrero judío, un libro apasionante y apasionado, narra con una prosa ágil y una documentación rigurosa la historia trágica de una agrupación absurdamente noble; una agrupación que es a la vez el reflejo de un pueblo por entonces sin lugar, cuya vanguardia de izquierda quiso encontrar un territorio en la justicia social. Infructuosamente.

La lectura de los acontecimientos implica una alta dosis de sufrimiento: página a página, cada intento termina en catástrofe. El Bund lucha por la revolución socialista, y la revolución socialista soviética representa su epitafio. El Bund arenga a las masas polacas, y las masas polacas discriminan y persiguen a los bundistas. El Bund se agrupa tras el independentista polaco Pilsudzki, y Pilsudzki los reprime con saña. En fin: simplemente ser judío en la Rusia zarista, en la Rusia soviética o en cualquier Polonia constituía un peligro; ser un judío de izquierda presentaba un nivel de riesgo indefinible.

Uno de los sinos trágicos más destacables de entre los muchos que enfrentaron estos

Corte y confección



TESTIGO SILENCIOSO
Richard North Patterson
Emecé, Buenos Aires, 1998
528 páginas, $ 22

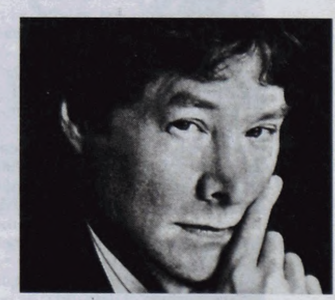
Diego Fischerman

El derecho y el relato de suspenso tienen una larga historia de afinidades. Con puntos tan altos como la película *Testigo de cargo* de Billy Wilder (basada en una obra de teatro de Agatha Christie) y un nuevo género de consumo literario en ciernes –del que nombres como los de Scott Turow y John Grisham son los emergentes más claros–, la atracción entre ambas disciplinas va mucho más allá de la obvia incógnita que implica el no saber quién es culpable y quién inocente. En el derecho, igual que en el thriller, lo que importa no es el contenido sino el sistema. En ambos casos, lo que sus protagonistas sostienen es una trama formal y la que mejor lo pone en escena es la figura del abogado defensor. A él no le interesa –no puede ni debe interesarle– si el acusado es o no culpable. Lo que le importa es garantizar el buen funcionamiento del sistema. Que su defendido no pueda ser condenado sin las pruebas necesarias no conlleva necesariamente la justicia individual; más bien tiene que ver con la preservación de una normativa universal.

En esta nueva novela de Richard North Patterson, un legista devenido productor de best-sellers, el protagonista es justamente un abogado defensor. Tony Lord (¿el dios en que se convierte un abogado para la mirada del acusado?), envuelto en su juventud en el crimen no resuelto de su novia y víctima en su momento de las discriminaciones de pueblo chico inevitables del caso, vuelve a su ciudad como adulto –y como estrella de la abogacía– para, esta vez, defender a quien fue su mejor amigo. Dos crímenes similares; uno de ellos invade al otro como un fantasma. Con ese esquema, North Patterson compone una novela tan convencional como eficiente.

Es posible que él ni siquiera la haya escrito; tal vez le pertenezcan tan sólo la idea principal y el esbozo de dos o tres situaciones y la redacción final haya corrido por cuenta de algún mediocre y aplicado profesor universitario de *escritura creativa*. Poco importa. Más allá de algún que otro diálogo excesivamente explicativo, esta novela tiene todas las virtudes de aquello que, como el trabajo de un abogado en un juicio, se ha hecho cumpliendo correctamente con determinadas reglas. Y esas reglas, a pesar de todo, funcionan.

Una parte de la narración que toma a los personajes en su adolescencia, con una reconstrucción fantásticamente profesional del mundo cerrado de los colleges, de los noviazgos juveniles y de las competencias deportivas interescolares –con abundante mística de beisbol y fútbol americano– y el recurso siempre rendidor de volver a esos personajes años más tarde, como adultos exitosos o fracasados pero con muchos de los rasgos del pasado, alcanza para brindar un marco aceitado a la minuciosa narración del juicio y, por supuesto, a la ritual sorpresa final. En esta novela no hay nada de personal y, posiblemente, muy poco que tenga que ver con la alta literatura. Y sin embargo su tranquila eficacia para contar una historia y la manera en que se describe la vida entre urbana y rural de un grupo de adolescentes durante los años '60, sumadas a la precisa aplicación de los mecanismos del suspenso, bien podría servir de ejemplo a más de un artista consumado.♣



BOCA DE URNA

Ficción

1. Afrodita,
Isabel Allende
(Plaza & Janés/Sudamericana, $ 24.90)

2. La quinta montaña,
Paulo Coelho
(Planeta, $ 17)

3. Plata quemada,
Ricardo Piglia
(Planeta, $ 17)

4. El alquimista,
Paulo Coelho
(Planeta, $ 14)

5. La matriz del infierno,
Marcos Aguinis
(Sudamericana, $ 22)

6. El caballero de la armadura oxidada,
Robert Fisher
(Obelisco, $ 9,50)

7. Cuentos para pensar,
Jorge Bucay
(Nuevo Extremo, $ 18)

8. Desde el diván,
Irving Yalom
(Emecé, $ 18)

9. El albergue de las mujeres tristes,
Marcela Serrano
(Alfaguara, $ 20)

10. El anatomista,
Federico Andahazi
(Planeta, $ 17)

No ficción

1. El grito sagrado,
Pacho O'Donnell
(Sudamericana, $ 14)

2. Los nuevos ricos de la Argentina,
Luis Majul
(Planeta, $ 20)

3. El amor inteligente,
Enrique Rojas
(Planeta, $ 17)

4. Un mundo sin periodistas,
Horacio Verbitsky
(Planeta, $ 20)

5. River Plate, el campeón del siglo,
Miguel Bertolotto(Temas, $ 35)

6. La inteligencia emocional,
David Goleman
(Javier Vergara Editor, $ 16)

7. Cuyano alborotador,
José Ignacio García Hamilton
(Sudamericana, $ 18)

8. Sostiene Pinti,
Enrique Pinti
(Sudamericana, $ 13)

9. Historias asombrosas pero reales,
Victor Sueiro
(Planeta, $ 17)

10. Mundo Quino,
Quino
(Ediciones de la Flor, $ 9)

Librerías consultadas: Angel Martínez, Ateneo, Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Interlibros, La Compañía de los libros, Librerío, Norte, Prometeo, Santa Fe, Tomás Pardo, Yenny; Boutique del Libro (Lomas de Zamora); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Rayuela, Ruben Libros (Córdoba); Ameghino, Homo Sapiens, Laborde, La Nueve de Julio, Ross, Técnica (Rosario); Feria del Libro (Tucumán).
Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados.

Una batalla familiar



CACERIA DE MADRES
Geneviève Brisac
Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997
202 páginas, $ 12

Liliana García

"Comencé a explicar a Eugenio el plan de batalla para los próximos días y las horas siguientes". Eugenio no es un granadero de la corte de Inglaterra, y quien se refiere a los días por venir –vísperas de Navidad y "últimos y siniestros días del año"– en términos bélicos no es la reina Isabel desde su cargo de coronel de la Guardia de Granaderos, sino la madre de Eugenio. En la batalla que se desarrollará sin prisa, sin pausa y sin piedad, el tiempo se presenta como un enemigo silencioso.

El personaje, felizmente dotado de voz, es una madre que habla, reflexiona, ironiza y no se compadece de sí misma. Con este perfil y la inevitable asociación con las brujas a la que invita esta *Cacería de madres*, se podrían haber llenado páginas y páginas de panfletos reivindicatorios, pero Geneviève Brisac escribió una novela donde la tensión entre los personajes logra inquietar al lector.

Cacería de madres obtuvo el premio Femina (París, 1996) y es la primera novela de Brisac traducida al castellano. La autora –periodista, editora y novelista– despliega sin alardes y con una delicada pero aguda ironía tópicos ya clásicos que aun en este fin de siglo siguen poniendo en jaque a cualquier mujer que, después de haber cumplido con el destino de su anatomía por propia voluntad y decisión en pleno ejercicio de sus facultades mentales, insiste en recordarse a sí misma que el deseo es cosa mundana y la familia parece imposible si ella no permanece al pie del microondas o de la videocasetera adelantándose, de ser posible, a las pruebas de fuego del vampiro de sus días, como dice de Eugenio su madre.

La imagen de un niño y su madre paseando por las calles de París puede parecer enternecedora; mucho más la de ambos cargando un enorme pino para una celebración que no admite semejante soledad, o eligiendo canarios, o compartiendo el vértigo de una playa virtual con clima y olor a subterráneo pero con la gente sin ropa. ¿Quién podría imaginar que la madre de Eugenio está librando una batalla donde el hijo es el botín y ella la presa? ¿O que pasa por una prueba de instinto e inteligencia para lograr un cargo de madre vitalicio?

El clima es tenso y la armonía entre ambos personajes se desarma a cada página cuando reiterativas frases de Eugenio suenan como alarmas: "Me aburro"; "tengo hambre"; "todo el tiempo estoy solo". Desde su trabajo en una biblioteca pedagógica, la madre de Eugenio responde: "Mira un documental sobre la vida de los pingüinos que dejé sobre el televisor". Pero al chico ya no le interesan los pingüinos.

Si no hay McDonald's que satisfaga lo suficiente, mucho menos un viaje en tren a Bretaña, donde vive la mejor amiga de la madre de Eugenio, una verdadera *patriarca* en su función, que intentará poner orden en nombre de proteger la supuesta fragilidad, o "gen de irrealidad" de su amada amiga. Eugenio se aburre mucho durante el viaje en tren. Le gustaría jugar a las cartas, pero no tienen. "Si hay guerra, hay guerra y tengo ideas para cuando hay guerra", piensa la madre. ¿Y por qué no armar un juego de cartas cortando servilletas y dibujando las figuras que corresponden? Las arman (más de 32, porque Eugenio quiere jugar al póquer), y aunque son hermosas la guerra ya estaba perdida. "Siempre te equivocas, siempre, mamá". Finalmente la palabra del padre se hace oír por boca del hijo y la acusación no se demora: "Dijo que estás un poco loca... que siempre estamos los dos solos, que todo eso es muy peligroso".

El desenlace de la novela sorprende por sus recursos y desbarata cualquier teoría extrema de corte feminista a la que se pueda recurrir para quedar en paz al cerrar el libro. No, no es suficiente con afirmar como se lee en la contratapa "que los hombres tienen la ley de su parte". *Cacería de madres*, por suerte, es bastante más que eso. Un par de claves interesantes: una, Eugenio es un gran admirador de la reina Isabel, sigue su vida paso a paso. Su madre se pregunta quién le habrá hablado de "esa momia con sombrero", y está segura de que fue el padre. Otra: la novela termina con una alusión al célebre suicidio de otra inglesa, reina a su manera, pero que no ha tenido hijos.♣

Increíble y triste historia



BUND, HISTORIA DEL MOVIMIENTO OBRERO JUDIO
Israel Laubstein
Acervo Cultural, Buenos Aires, 1998
224 páginas, $ 16

Marcelo Birmajer

En su relato "Sabbath in Gehenna" ("Sábado en el infierno"), Isaac Bashevis Singer describe a un grupo de judíos iluministas de principios de siglo que intentan cambiar las condiciones de vida en el infierno. El final, por supuesto, es que el demonio les ordena regresar sin chistar a sus condenas. Quizás este extraño cuento pueda ser una buena metáfora de los militantes del Bund, el movimiento obrero judío surgido en Europa oriental, que intentaban cambiar sus países y el mundo, mientras muchos de sus vecinos y compañeros de trabajo pensaban en cómo deshacerse de ellos y del resto de los judíos. Como en el relato de Singer, también en la historia del Bund hace su irrupción final el demonio: la bestia nazi aniquiló físicamente al noventa y nueve por ciento de sus militantes, por ser judíos.

Bund, Historia del movimiento obrero judío, un libro apasionante y apasionado, narra con una prosa ágil y una documentación rigurosa la historia trágica de una agrupación absurdamente noble; una agrupación que es a la vez el reflejo de un pueblo por entonces sin lugar, cuya vanguardia de izquierda quiso encontrar un territorio en la justicia social. Infructuosamente.

La lectura de los acontecimientos implica una alta dosis de sufrimiento: página a página, cada intento termina en catástrofe. El Bund lucha por la revolución socialista, y la revolución socialista soviética representa su epitafio. El Bund arenga a las masas polacas, y las masas polacas discriminan y persiguen a los bundistas. El Bund se agrupa tras el independentista polaco Pilsudzki, y Pilsudzki los reprime con saña. En fin: simplemente ser judío en la Rusia zarista, en la Rusia soviética o en cualquier Polonia constituía un peligro; ser un judío de izquierda presentaba un nivel de riesgo indefinible.

Uno de los sinos trágicos más destacables de entre los muchos que enfrentaron estos revolucionarios dostoievskianos es que muchos de los desposeídos no judíos cuyo nivel de vida intentaban mejorar los odiaban a muerte y eran los entusiastas protagonistas de los *pogroms*, los asesinatos y las violaciones, a las órdenes del gobierno de turno o espontáneamente.



1930: UNA CONVENCIÓN DEL BUND EN VARSOVIA. ENTRE LAS MUCHAS TRAGEDIAS DE ESTE GRUPO, SE DESTACA EL HABER TRATADO DE MEJORAR LAS CONDICIONES DE DESPOSEÍDOS NO JUDÍOS, LUEGO ENTUSIASTAS PROTAGONISTAS DE POGROMS, ASESINATOS Y VIOLACIONES.

Aunque a lo largo del libro se presenta una confontación filosófica entre la ortodoxia religiosa y estos judíos seculares de izquierda, en los hechos presentan semejanzas inocultables. Como ejemplo, un párrafo referido a unos huelguistas: "Comenzó a llover y todos ellos estuvieron bajo la lluvia durante dos horas. Se habían juramentado ante un par de *tefilin* (filacterias) cada uno de ellos, de estar parados y erguidos y cuidando de todo lo que se había resuelto". No se trata sólo de jurar ante un objeto sagrado el mantenimiento de una huelga secular, sino también del ánimo redentorista y mesiánico, o la resistencia increíble frente a la adversidad que recuerda a los macabeos. Preservaban el idish como un idioma privilegiado para comunicarse los términos de la revolución social, así como los practicantes preservaban el hebreo como el idioma sagrado para referirse a lo divino. Sin embargo, el tono absurdo desciende sobre estos episodios cuando se descubre que los bundistas consideraban su lucha racional y materialista.

El recorrido de Laubstein –fascinante por su valor histórico, su piedad y su ternura– comienza a fines del siglo XIX y termina en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y produce la impresión de que no se ha perdido ni uno de los hechos atinentes a su investigación. En el devenir, surge febril la polémica entre los sionistas socialistas que sólo encontraban posible el socialismo en la por entonces Palestina y los socialistas del Bund que elegían la autonomía judía en los países de origen. Independientemente de cualquier polémica, la historia dio un veredicto irrefutable: a los que no emigraron, los mataron los nazis (y sus aliados de Ucrania, Lituania o Polonia). De todos modos, tampoco en esta triste disputa las diferencias eran insalvables: los *kibbutzim* (granjas comunitarias) que asistieron a la creación de Israel, fundamentales en el nacimiento del país, llevaban la misma impronta socialista y humanista, endurecida y utópica. Y varios de los raleados militantes del Bund se convirtieron luego en los heroicos combatientes que enfrentaron casi desarmados a los nazis, en los ghettos donde se llegó a organizar una rebelión.

El libro se cierra con un repaso de las actividades del Bund en la Argentina. Tan activa y vivaz como la de sus pares europeos, aunque con una base social definitivamente más escasa, la labor de los bundistas argentinos también se acercó mucho más al voluntarismo mesiánico que a cualquier reforma social concreta, pero afortunadamente no concluyó en el asesinato masivo de sus integrantes, aunque las muertes no faltaron (por ejemplo, en la Semana Trágica).

La literatura de Bashevis Singer define mejor que cualquier otra el convulsionado tiempo y las compulsivas acciones de los bundistas. Un cuento suyo abre esta reseña y otro permite cerrarla: se llama "El nieto y el abuelo". Luego de que los soldados zaristas matan a su nieto maximalista, a quien nunca pudo entender, el viejo judío ortodoxo reflexiona: "Sus intenciones eran buenas. Quería ayudar a los pobres. Sentía lástima por los que padecían hambre. Quizás fuera ésa su salvación".♣

ENVIDIA

Juan José Hernández, autor de Así es mamá –volumen que reúne sus cuentos completos– y poemarios como Claridad vencida, confiesa sus peores sentimientos literarios.

¿Envidia? Juan José Hernández se muestra sorprendido cuando se le menciona la propuesta. "Creo que Borges decía que los argentinos son las únicas personas que manifiestan abiertamente sus envidias, como si eso fuera algo bueno. Hasta se usa entre amigos: *¡Cómo te envidio, te vas a Europa!* En realidad, si se trata de un amigo, uno no envidia, sino que se alegra."
Nacido en Tucumán en 1932, Hernández escribió en la revista *Sur*, que dirigía Victoria Ocampo con un secretario de redacción de lujo como José Bianco, por muchos años. Su obra como poeta (*Negada permanencia*/*La siesta y la naranja*, inhallables) y narrador incluye obras maestras del relato como *El inocente* o *La favorita*, reunidos en el volumen de sus cuentos completos, *Así es mamá*.
El tema de la envidia le recuerda una anécdota. "En una oportunidad tuve la suerte de sacar la Beca Guggenheim. Recuerdo que mi gran amigo Pepe Bianco me dijo: *No sabés la envidia que va a despertar*. Poco después, en una fiesta, se cumplió la profecía: un íntimo amigo mío me dice que le parecía injusto que hubiese ganado yo y no Sara Gallardo."
A la hora de recordar envidias propias, Hernández elude la confesión. "La envidia es un sentimiento corrosivo" Lejos de estos envenenamientos, es posible, al fin de cuentas, lograr que Hernández transija: acepta mencionar a sas autores más admirados. "Creo que la envidia se le puede tener sólo a un contemporáneo. No puedo envidiar a un autor del siglo XIV. ¿Qué sentido tiene que envidie a William Shakespeare? Con la distancia y el tiempo, la envidia queda fuera de nuestro alcance, porque no podemos desear malsanamente algo que no podemos tener."
Por fin da nombres: "Siempre admiré a Miguel de Cervantes, en particular *El coloquio de los perros* y, obviamente, el *Quijote*. Y a Marcel Proust: me hubiera encantado escribir como el autor de *En busca del tiempo perdido*. Pero mi biblioteca está llena de libros de poesía: Carlos Mastronardi, Paul Verlaine (de quien traduje *Amigas*, sus poemas eróticos), José Pedroni, Leopoldo Marechal. ¿Qué sentido tiene envidiar a los poetas? Yo prefiero disfrutarlos".
Santiago Rial Ungaro

Corte y confección

TESTIGO SILENCIOSO
Richard North Patterson
Emecé, Buenos Aires, 1998
528 páginas, $ 22

Diego Fischerman

El derecho y el relato de suspenso tienen una larga historia de afinidades. Con puntos tan altos como la película *Testigo de cargo* de Billy Wilder (basada en una obra de teatro de Agatha Christie) y un nuevo género de consumo literario en ciernes –del que nombres como los de Scott Turow y John Grisham son los emergentes más claros–, la atracción entre ambas disciplinas va mucho más allá de la obvia incógnita que implica el no saber quién es culpable y quién inocente. En el derecho, igual que en el thriller, lo que importa no es el contenido sino el sistema. En ambos casos, lo que sus protagonistas sostienen es una trama formal y la que mejor lo pone en escena es la figura del abogado defensor. A él no le interesa –no puede ni debe interesarle– si el acusado es o no culpable. Lo que le importa es garantizar el buen funcionamiento del sistema. Que su defendido no pueda ser condenado sin las pruebas necesarias no conlleva necesariamente la justicia individual; más bien tiene que ver con la preservación de una normativa universal.

En esta nueva novela de Richard North Patterson, un legista devenido productor de best-sellers, el protagonista es justamente un abogado defensor. Tony Lord (¿el dios en que se convierte un abogado para la mirada del acusado?), envuelto en su juventud en el crimen no resuelto de su novia y víctima en su momento de las discriminaciones de pueblo chico inevitables del caso, vuelve a su ciudad como adulto –y como estrella de la abogacía– para, esta vez, defender a quien fue su mejor amigo. Dos crímenes similares; uno de ellos invade al otro como un fantasma. Con ese esquema, North Patterson compone una novela tan convencional como eficiente.

Es posible que él ni siquiera la haya escrito; tal vez le pertenezcan tan sólo la idea principal y el esbozo de dos o tres situaciones y la redacción final haya corrido por cuenta de algún mediocre y aplicado profesor universitario de *escritura creativa*. Poco importa. Más allá de algún que otro diálogo excesivamente explicativo, esta novela tiene todas las virtudes de aquello que, como el trabajo de un abogado en un juicio, se ha hecho cumpliendo correctamente con determinadas reglas. Y esas reglas, a pesar de todo, funcionan.

Una parte de la narración que toma a los personajes en su adolescencia, con una reconstrucción fantásticamente profesional del mundo cerrado de los colleges, de los noviazgos juveniles y de las competencias deportivas interescolares –con abundante mística de beisbol y fútbol americano– y el recurso siempre rendidor de volver a esos personajes años más tarde, como adultos exitosos o fracasados pero con muchos de los rasgos del pasado, alcanza para brindar un marco aceitado a la minuciosa narración del juicio y, por supuesto, a la ritual sorpresa final. En esta novela no hay nada de personal y, posiblemente, muy poco que tenga que ver con la alta literatura. Y sin embargo su tranquila eficacia para contar una historia y la manera en que se describe la vida entre urbana y rural de un grupo de adolescentes durante los años '60, sumadas a la precisa aplicación de los mecanismos del suspenso, bien podría servir de ejemplo a más de un artista consumado.♣

EL LIBRO DE LOS CAUTIVOS

C. Z.

Crónicas de fronteras

Quien haya transitado por las páginas de *Una excursión a los indios ranqueles* tal vez recuerde que entre los espectáculos que más llamaron la atención de Lucio V. Mansilla en tierra ajena, y que incluso despertó su cristiana repugnancia, estaba la visión de los cautivos apiñados en las tolderías, poco civilizados ya, asimilados a los modismos indios que, en el fondo, el militar escritor despreciaba. Hace poco, una sorpresiva novela del chileno Patricio Manns –escritor y ex cantautor de protesta– narraba el romance del aventurero Jules Popper, hacia 1890, con una india ona que había tomado como cautiva. Un viejo texto de la literatura argentina; una reciente novela enrolada en el rubro "aventuras de la Patagonia". A pesar de todo, informa el historiador español Fernando Opere en el prólogo de *Cautivos* (Ediciones del Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos), aunque el tema del cautiverio fue una constante en la relación entre invasores e invadidos desde la conquista, pocos registros documentales, no literarios, han quedado del tema.
A los europeos les fascinaba escuchar esas historias, pero también había una razón más interesada, en la medida que los relatos de los ex cautivos reforzaban el mito del salvajismo y la crueldad instintiva de los indios. Del lado de acá, poco y nada. Refiere Opere que en muchos casos los relatos vienen mezclados en las páginas de las crónicas (el Inca Garcilaso, por ejemplo, en *La Florida del Inca*) o que directamente no vieron la luz y además que "existen en los archivos históricos de numerosas ciudades hispánicas manuscritos con declaraciones de cautivos comidos poco a poco por el tiempo y el polvo". En síntesis, estos relatos de raigambre intercultural (por llamarla de un modo discutible), terminaron fagocitados por el eurocentrismo.



Cautivos arranca con un clásico, la alucinante crónica del no menos alucinante Alvar Núñez Cabeza de Vaca, convertido en chamán entre los indios. Otro relato clave es el de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, quien en 1673 pasó siete meses entre los indios araucanos. Gracias a la protección de un cacique que había conocido al padre del joven Francisco, pudo eludir los intentos por matarlo y dejar testimonio de un tipo de experiencia que se denomina el "cautiverio feliz". No tan feliz fue el cautiverio de Auguste Guinnard, aventurero francés de buena familia, entre los patagones, quien debió pasar por fatigosas huidas hasta lograr una situación de privilegio como secretario del más célebre cacique de la pampa, Calfucurá.
En conjunto, *Cautivos* es un libro que divulga un tema fascinante, próximo a la literatura de aventuras más genuina pero con toda la fuerza vívida de la historia contada al calor de los hechos, por protagonistas a los que les tocó vivir situaciones auténticamente límites: verdaderas crónicas de frontera.

ncreíble y triste historia



30: UNA CONVENCIÓN DEL BUND EN VARSOVIA. ENTRE LAS MUCHAS TRAGEDIAS DE ESTE GRUPO, SE DESTACA EL HABER TRATADO DE EJORAR LAS CONDICIONES DE DESPOSEÍDOS NO JUDÍOS, LUEGO ENTUSIASTAS PROTAGONISTAS DE POGROMS, ASESINATOS Y VIOLACIONES.

evolucionarios dostoievskianos es que muos de los desposeídos no judíos cuyo nil de vida intentaban mejorar los odiaban a uerte y eran los entusiastas protagonistas e los *pogroms*, los asesinatos y las violacioes, a las órdenes del gobierno de turno o spontáneamente.

Aunque a lo largo del libro se presenta a confontación filosófica entre la ortodoa religiosa y estos judíos seculares de izuierda, en los hechos presentan semejans inocultables. Como ejemplo, un párrafo ferido a unos huelguistas: "Comenzó a llor y todos ellos estuvieron bajo la lluvia dunte dos horas. Se habían juramentado ante n par de *tefilín* (filacterias) cada uno de los, de estar parados y erguidos y cuidan de todo lo que se había resuelto". No se ta sólo de jurar ante un objeto sagrado el antenimiento de una huelga secular, sino mbién del ánimo redentorista y mesiánico, la resistencia increíble frente a la adversid que recuerda a los macabeos. Preservan el idish como un idioma privilegiado ra comunicarse los términos de la revoluón social, así como los practicantes preserban el hebreo como el idioma sagrado para referirse a lo divino. Sin embargo, el tono absurdo desciende sobre estos episodios cuando se descubre que los bundistas consideraban su lucha racional y materialista.

El recorrido de Laubstein –fascinante por su valor histórico, su piedad y su ternura– comienza a fines del siglo XIX y termina en los comienzos de la Segunda Guerra Mundial, y produce la impresión de que no se ha perdido ni uno de los hechos atinentes a su investigación. En el devenir, surge febril la polémica entre los sionistas socialistas que sólo encontraban posible el socialismo en la por entonces Palestina y los socialistas del Bund que elegían la autonomía judía en los países de origen. Independientemente de cualquier polémica, la historia dio un veredicto irrefutable: a los que no emigraron, los mataron los nazis (y sus aliados de Ucrania, Lituania o Polonia). De todos modos, tampoco en esta triste disputa las diferencias eran insalvables: los *kibbutzim* (granjas comunitarias) que asistieron a la creación de Israel, fundamentales en el nacimiento del país, llevaban la misma impronta socialista y humanista, endurecida y utópica. Y varios de los raleados militantes del Bund se convirtieron luego en los heroicos combatientes que enfrentaron casi desarmados a los nazis, en los ghettos donde se llegó a organizar una rebelión.

El libro se cierra con un repaso de las actividades del Bund en la Argentina. Tan activa y vivaz como la de sus pares europeos, aunque con una base social definitivamente más escasa, la labor de los bundistas argentinos también se acercó mucho más al voluntarismo mesiánico que a cualquier reforma social concreta, pero afortunadamente no concluyó en el asesinato masivo de sus integrantes, aunque las muertes no faltaron (por ejemplo, en la Semana Trágica).

La literatura de Bashevis Singer define mejor que cualquier otra el convulsionado tiempo y las compulsivas acciones de los bundistas. Un cuento suyo abre esta reseña y otro permite cerrarla: se llama "El nieto y el abuelo". Luego de que los soldados zaristas matan a su nieto maximalista, a quien nunca pudo entender, el viejo judío ortodoxo reflexiona: "Sus intenciones eran buenas. Quería ayudar a los pobres. Sentía lástima por los que padecían hambre. Quizás fuera ésa su salvación".♣

EL LIBRO DE LOS CAUTIVOS — C. Z.

Crónicas de fronteras

Quien haya transitado por las páginas de *Una excursión a los indios ranqueles* tal vez recuerde que re los espectáculos que más llamaron atención de Lucio V. Mansilla en tierra na, y que incluso despertó su cristiana pugnancia, estaba la visión de los cauos apiñados en las tolderías, poco civiados ya, asimilados a los modismos ins que, en el fondo, el militar escritor spreciaba. Hace poco, una sorpresiva vela del chileno Patricio Manns –escri y ex cantautor de protesta– narraba el mance del aventurero Jules Popper, ha 1890, con una india ona que había todo como cautiva. Un viejo texto de la ratura argentina; una reciente novela rolada en el rubro "aventuras de la Paonia". A pesar de todo, informa el hisiador español Fernando Opere en el ólogo de *Cautivos* (Ediciones del Insti Movilizador de Fondos Cooperati-), aunque el tema del cautiverio fue a constante en la relación entre invaes e invadidos desde la conquista, pos registros documentales, no literarios, quedado del tema.

os europeos les fascinaba escuchar s historias, pero también había una ra más interesada, en la medida que los itos de los ex cautivos reforzaban el o del salvajismo y la crueldad instintiva de los indios. Del lado de acá, poco y nada. Refiere Opere que en muchos casos los relatos vienen mezclados en las páginas de las crónicas (el Inca Garcilaso, por ejemplo, en *La Florida del Inca*) o que directamente no vieron la luz y además que "existen en los archivos históricos de numerosas ciudades hispánicas manuscritos con declaraciones de cautivos comidos poco a poco por el tiempo y el polvo". En síntesis, estos relatos de raigambre intercultural (por llamarla de un modo discutible), terminaron fagocitados por el eurocentrismo.



Cautivos arranca con un clásico, la alucinante crónica del no menos alucinante Alvar Núñez Cabeza de Vaca, convertido en chamán entre los indios. Otro relato clave es el de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, quien en 1673 pasó siete meses entre los indios araucanos. Gracias a la protección de un cacique que había conocido al padre del joven Francisco, pudo eludir los intentos por matarlo y dejar testimonio de un tipo de experiencia que se denomina el "cautiverio feliz". No tan feliz fue el cautiverio de Auguste Guinnard, aventurero francés de buena familia, entre los patagones, quien debió pasar por fatigosas huidas hasta lograr una situación de privilegio como secretario del más célebre cacique de la pampa, Calfucurá.

En conjunto, *Cautivos* es un libro que divulga un tema fascinante, próximo a la literatura de aventuras más genuina pero con toda la fuerza vívida de la historia contada al calor de los hechos, por protagonistas a los que les tocó vivir situaciones auténticamente límites: verdaderas crónicas de frontera.



ENVIDIA

***Juan José Hernández**, autor de Así es mamá –volumen que reúne sus cuentos completos– y poemarios como Claridad vencida, confiesa sus peores sentimientos literarios.*



¿Envidia? Juan José Hernández se muestra sorprendido cuando se le menciona la propuesta. "Creo que Borges decía que los argentinos son las únicas personas que manifiestan abiertamente sus envidias, como si eso fuera algo bueno. Hasta se usa entre amigos: *¡Cómo te envidio, te vas a Europa!* En realidad, si se trata de un amigo, uno no envidia, sino que se alegra." Nacido en Tucumán en 1932, Hernández escribió en la revista *Sur*, que dirigía Victoria Ocampo con un secretario de redacción de lujo como José Bianco, por muchos años. Su obra como poeta (*Negada permanencia*/*La siesta y la naranja*, inhallables) y narrador incluye obras maestras del relato como *El inocente* o *La favorita*, reunidos en el volumen de sus cuentos completos, *Así es mamá*.

El tema de la envidia le recuerda una anécdota. "En una oportunidad tuve la suerte de sacar la Beca Guggenheim. Recuerdo que mi gran amigo Pepe Bianco me dijo: *No sabés la envidia que va a despertar*. Poco después, en una fiesta, se cumplió la profecía: un íntimo amigo mío me dice que le parecía injusto que hubiese ganado yo y no Sara Gallardo." A la hora de recordar envidias propias, Hernández elude la confesión. "La envidia es un sentimiento corrosivo" Lejos de estos envenenamientos, es posible, al fin de cuentas, lograr que Hernández transija: acepta mencionar a sas autores más admirados. "Creo que la envidia se le puede tener sólo a un contemporáneo. No puedo envidiar a un autor del siglo XIV. ¿Qué sentido tiene que envidie a William Shakespeare? Con la distancia y el tiempo, la envidia queda fuera de nuestro alcance, porque no podemos desear malsanamente algo que no podemos tener."

Por fin da nombres: "Siempre admiré a Miguel de Cervantes, en particular *El coloquio de los perros* y, obviamente, el *Quijote*. Y a Marcel Proust: me hubiera encantado escribir como el autor de *En busca del tiempo perdido*. Pero mi biblioteca está llena de libros de poesía: Carlos Mastronardi, Paul Verlaine (de quien traduje *Amigas*, sus poemas eróticos), José Pedroni, Leopoldo Marechal. ¿Qué sentido tiene envidiar a los poetas? Yo prefiero disfrutarlos".

Santiago Rial Ungaro



EN OBRA

Liliana Heker (foto), autora de *El fin de la historia* y *Zona de clivaje*, cuenta qué nuevas ficciones tiene entre manos.

A Liliana Heker se la nota entusiasmada. "En este momento preparo un libro de cuentos, que está bastante avanzado. Calculo que quedarán unos diez relatos breves y uno más largo. Por alguna extraña razón, siempre necesito que sea un número impar", cuenta.

Nacida en Buenos Aires en 1943, Heker comenzó a trabajar a los diecisiete años con Abelardo Castillo, en la revista *El grillo de papel*. Tiempo después fue directora de *El escarabajo de oro* y *El ornitorrinco*. Su obra incluye cuatro libros de cuentos y dos novelas, la última de las cuales, *El fin de la historia*, de 1996, cuenta la historia de una guerrillera que en los años 70 se pasa de bando y traiciona a sus compañeros.

Luego de la edición de sus cuentos completos bajo el nombre de *Los bordes de lo real* (1991), éste es su regreso al género. "Estoy muy contenta de trabajar en un libro de cuentos, un género que me fascina", agrega. Como suele ocurrir con los libros de relatos, la escritora pasó malos momentos hasta que apareció la idea integradora que dio forma al libro. En este caso, se trató de la crueldad. "Por un lado, tenía algunos cuentos y varias ideas sin desarrollar; por otra parte, me daba vueltas una idea para lo que yo creía que iba a ser una *nouvelle*, a la que iba a titular *La crueldad de la vida*. En un momento dado me di cuenta de que el tema de la crueldad estaba presente en los cuentos ya escritos y de que no tenía una *nouvelle* sino una especie de relato largo, algo que no encajaba estrictamente ni en el género cuento ni en la novela." Así que juntó el material bajo el título provisorio de la *nouvelle* que no fue: *La crueldad de la vida*.

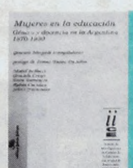
Sobre el contenido de los cuentos, Heker suelta poco: "Me resulta muy difícil hablar sobre los temas de los cuentos, ya que son muy diversos, y describen mundos totalmente diferentes. Es muy difícil anticipar el contenido de un libro de cuentos... todo lo contrario de lo que sucede en el caso de una novela". Manifestada la resistencia, se anima y anticipa un poquito: "Algunos de los cuentos están escritos con recursos casi teatrales, porque todo sucede a través de diálogos bastantes fuertes". Y muchos albergan a las ya conocidas obsesiones de la autora: "Hay una constante en mi narrativa, que tiene que ver con cierta fascinación por las relaciones familiares. Debajo de la aparente realidad que muestra lo cotidiano, algunos cuentos describen un costado demencial, cruel o feroz, que nada tiene que ver con lo que deberían ser los valores familiares. En *Una vez en la vida* se describe una situación de pareja bastante infernal, pero también hay cuentos con un tono más nostálgico, casi poético, como *La noche del cometa*".

Quienes siguen la obra de Hecker se reencontrarán con algunos personajes ya conocidos, como Mariana y Lucía. "En uno de los cuentos, uno de los personajes se remonta al pasado propio y familiar, iniciando una búsqueda de su origen. Lo interesante es que, si bien las situaciones son totalmente diferentes (antes eran nenas y ahora ya son grandes), esta continuidad me permite reconstruir mundos anteriores."

¿Cuándo terminará el libro? Heker elige responder con cautela. "Corrijo muchísimo. Incluso los cuentos que ya doy por terminados reciben sucesivas lecturas, en las que seguro algo voy a modificar", explica. Pero a pesar de la aclaración, cree que todo marcha bien: "No sé cuánto me falta, pero tengo muchas ganas de terminar. Eso es bárbaro: no siempre las ideas, el tiempo y las ganas aparecen juntos. El tiempo uno se lo busca; a veces, se lo usa como pretexto. Pero los ganas son menos frecuentes de lo que uno desea. Por eso trato de aprovechar este período, trabajando a pleno".

S. R. U.

Nada de segunda mamá



MUJERES EN LA EDUCACION
Graciela Morgade
(compiladora)
Miño y Dávila Editores,
Buenos Aires, 1997
194 páginas, $ 16

Gabriela Esquivada

El título de este libro suena abrumador: composición tema demasiado amplio. Y el subtítulo amenaza con el tedio: *Género y docencia en la Argentina, 1870-1930*. Sin embargo, ambas impresiones resultan falsas. La acotación –que revela la naturaleza del volumen: un conjunto de seis *papers*–, lejos de convertir a la compilación de Graciela Morgade en material para especialistas (aunque, en general, lo es), permite que cualquier persona que se interese por el estado de la escuela pública pueda leer *Mujeres en la educación*. Y, de paso, conocer un poco de las nuevas miradas del género en educación.

Cuando se habla de los maestros, en realidad se habla de casi un 90 por ciento de mujeres. "La escuela y el currículum son, en aquel exacto punto de intersección entre poder y saber, locales de producción de identidades –define Tomaz Tadeu Da Silva en su prólogo–. Paradójicamente, la producción de la identidad hegemónica (blanca, europea, masculina) terminó quedando a cargo de aquella otra subjetividad, la de la mujer." El punto de contacto entre los seis trabajos de este libro es, justamente, reconstruir la historia de las educadoras "para tornar visible la precariedad, la plasticidad de la superficie que constituye el presente".

Las mujeres han llegado "naturalmente" a ser maestras: segunda mamá, se ha insistido tanto. En su texto "La docencia para las mujeres", Morgade indaga esa falsa naturalidad, para resignificar el prejuicio de *serás lo que debas ser y si no serás maestra*: "No era por falta de capacidad para estudiar en la universidad (era casi impensable en ese momento) ni por ser abnegadas, o pusilánimes, que las mujeres accedieron a la docencia. Las mujeres y sus familias percibieron un lugar interesante de ascenso social, de obtención de salario y marido, de reconocimiento y popularidad".



EDUARDA MANSILLA: "SE NECESITA SU MANO DELICADA Y ARTÍSTICA", ESCRIBIO SARMIENTO.

Lugar ciertamente no de lujo (malos salarios, trato con niños: en síntesis, trabajo feo para hombres), y no muy duradero: "En la escuela se abre un espacio de sujeción más que de liberación; de repetición más que de creación; de dependencia más que de autonomía", cierra su texto Morgade. Con ella disiente Silvia Yannoulas, en "Maestras de antaño: ¿mujeres tradicionales?", donde compara los casos de Brasil y la Argentina: "Además de acceder a más y mejores conocimientos, circularon libremente por las calles, obtuvieron dinero y posiciones propias, ampliaron sus espacios legítimos de ejercicio del poder, se vincularon al feminismo y al gremialismo, vivieron aventuras y enfrentaron peligros, tradujeron libros y escribieron otros".

De menor interés general (pero muy meticulosos) son los artículos de Dora Barrancos (sobre la Asociación de Bibliotecas y Recreos infantiles de las mujeres socialistas), Graciela Crespí ("La huelga docente de 1919 en Mendoza") y de Rubén Cucuzza (sobre el Congreso Pedagógico de 1882). Y el más interesante es "Sarmiento y los feminismos de su época", de Mabel Bellucci, que intenta comprender "qué significó Domingo F. Sarmiento para las mujeres en general: mucho más que simples historias sentimentales".

Luego de la catarata de textos sobre Sarmiento público y privado, el artículo de Bellucci pone el foco en cuestiones novedosas: "Denuncia el maltrato doméstico y la conducta patriarcal de los hombres en la vida conyugal, visualiza el surgimiento de la clase obrera fabril, entiende al laicismo y la secularidad como corrientes abiertas que favorecen la elevación cultural de las mujeres, fomenta los arrebatos creativos de ciertas damas porteñas, tiene amigas y mantiene con ellas un intenso diálogo a lo largo de su carrera política, perfila la docencia como óptima salida laboral femenina y, por último, contempla con una mirada aguda los usos y costumbres de las damas de entonces".

Por supuesto que aparece su amante Aurelia Vélez, pero también sus amigas Mariquita Sánchez, Rosa Guerra, Juana Manso, Rosa Pavlovsky, Juana Manuela Gorriti y Eduarda Mansilla, entre otras; también se relata con detalle la experiencia de las 65 docentes norteamericanas invitadas a apechugar con los inicios de la escuela pública argentina y la relación de Sarmiento con el grupo de pintoras sanjuaninas, entre las que se destacó su nieta Eugenia Belín. La autora habla de su estilo no sexista: "Es posible que ningún otro hombre público de la historia argentina haya comprendido como Sarmiento la fuerza activa de las mujeres, ni haya visto con tanta nitidez la estrecha relación entre el avance de una sociedad y el lugar que ocupan en ella las mujeres". Después de todo, él propuso: "Puede juzgarse el grado de civilización de un pueblo por la posición social de las mujeres".

Argentino y de Racing



EL EQUIPO DE JOSE NUNCA EXISTIO
Adrián Desiderato
Ediciones del Valle,
Buenos Aires, 1997
248 páginas, $ 20

Daniel Lagares

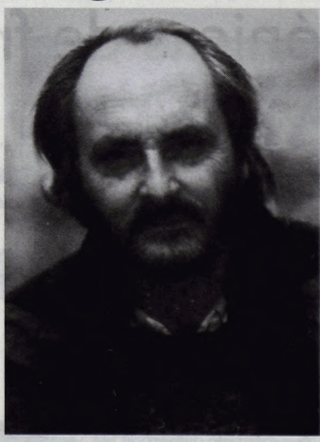
El bardo burrero armó bardo. Mezcló estilos, historias, palabras, situaciones y salió a la cancha con su primera novela. Adrián Desiderato es suma, resta, multiplicación y división de distintos factores cuyo orden no altera el producto: hincha de Racing, militante antitelevisivo, poeta, periodista. Tiene cincuenta años y los vivió en la Argentina. De todo eso surge *El equipo de José nunca existió*, su primera novela.

El de 4 de noviembre de 1967 en Buenos Aires hacía un calor insoportable –ésos eran calores y no estos otoños permanentes– pero la mirada del país cruzaba por arriba de la Casa de Gobierno donde el general Juan Carlos Onganía tramaba el futuro de la Revolución Argentina. Aquella mirada cruzaba el río y bajaba en comba hacia el Centenario de Montevideo. Allí, Racing le ganaba al Celtic escocés la final de la Copa Intercontinental con el golazo del Chango Cárdenas.

Un día cualquiera de algún año posterior, justo ahí, se detiene y empieza a escribir Desiderato. El personaje (¿el autor?, ¿los hinchas de Racing?, ¿cualquiera de nosotros?) quiere rememorar aquel momento y mete el video del partido en la casetera pero un inesperado corte de luz traicionero impide el rito. No hay especialista que recupere la imagen. El gol de Cárdenas quedó en las entrañas del monstruo. Y si no hay gol del Chango no hay Racing, no Equipo de José. La lucha por la recuperación del gol del Equipo y de la historia es una reconstrucción lúcida, arbitraria y dolorosa de los últimos treinta años de la Argentina.

Si el lector consume fútbol sabrá que Racing es el obvio espejo de la Argentina. Si no tiene idea de lo que es una pelota pero más o menos estuvo al tanto de lo ocurrido por aquí desde los '60 comprenderá con facilidad. Pero aun así, quizá se necesite ayuda: "(..) la nuestra, la de Racing, la coronación de un cuadro armado con espinas, como Cristo, y con detritus, como Frankenstein, hecho de pobreríos y revoluciones derrotadas, un conjunto de todos y de nadie, al que las buenas lenguas llamaban el Equipo de José y las malas, un rejuntado, mezcla de jovenzuelos y jovatos, tocados, una tarde, por el prodigio de la Gracia; símbolo y talismán de la gente, ejemplo de conciencias piadosas", dice el autor que es Racing. O Argentina. Quién sabe.

"Apenadumbrado, suma de pena y de sombra", describe Desiderato al buscador del gol del Chango Cárdenas y muestra la hilacha. Se advierte al poeta, al juntador de palabras pero también se descubre al narrador a lo largo de los treinta capítulos. Algunos de ellos (el quinto, "Lo schiaretto") memorables, perfectos para pertenecer a una opera prima. Esa mezcla de estilos, ese juego constante de la poesía disimulada en la narración, y lo original de la historia es lo mejor del libro. Pero nada de eso sería posible si no existiera la mirada. Una mirada diferente pero parecida a la del hombre común, paradójicamente. Una mirada que es la suma de aquellas características que hacen al autor. Desiderato tiene un último mérito. Padeció a Racing los últimos 30 años. Vivió en este país en esas tres décadas. Pero además lo escribió.



Un enganchado de Pessoa



POEMAS
Fernando Pessoa,
traducción de Marcelo Cohen
Losada, Buenos Aires, 1998
194 páginas, $ 9



Elvio E. Gandolfo

La filtración a la vez poderosa y sutil del portugués Fernando Pessoa en la literatura occidental del segundo medio siglo no ha dejado de crecer. En las últimas décadas, por ejemplo, el italiano Antonio Tabucchi escribió la primera zona de su obra (para algunos la mejor) bajo la impresión que le produjo el poema "Tabaquería", que le hizo estudiar portugués, vivir en Portugal, "resucitar" a Pessoa y terminar un poco harto de él. José Saramago, también portugués, dedicó una maciza novela a radiografiar a uno de los heterónimos (o poetas múltiples y paralelos) de Pessoa: Ricardo Reis. Para el común lector, sus poemas, sus textos en prosa, su *Libro del desasosiego*, están al acecho, esperando para calmar, inquietar, o simplemente mostrar, sin agregar nada.

El volumen compilado, traducido y prologado por Marcelo Cohen logra comunicar con contundencia (por la precisión de la versión) y ajuste (por el breve, opinado e informativo prólogo) ese mundo. Es una buena puerta para acceder a la obra bastante prodigiosa en su amplitud (nunca dejan de descubrirse inéditos) de este hombre de vida bastante recoleta: muchos cafés, una sola mujer apenas dibujada, prodigiosas tormentas interiores, política personal arcaizante.

Era portugués, pero se educó en inglés. Su técnica personal y literaria tiene un día exacto de origen: el 8 de marzo de 1914, cuando algo le "comunicó" 36 poemas de un poeta bucólico llamado Alberto Caeiro. Después "nacieron" Ricardo Reis y Alvaro de Campos, sin que el propio Pessoa dejara de escribir. Cada uno de ellos tiene fecha de nacimiento y muerte, y estilos distintos hasta en lo gráfico (versos cortos, o centrados en la página, o largos).

La relectura permite descubrir que hoy, en épocas de derrumbe de las seguridades de la identidad y el psicoanálisis, los distintos poetas se recortan con menos separación nítida que en el pasado. Los une un trasfondo de paradoja, de segura y firme falta de confianza, de dificultad de sentir no angustiada. Incluso en Caeiro, el "poeta pastor", supuestamente inculto, que explica sin embargo con maravillosa literatura su negativa a agregar escritura al mundo que ve. El "poeta" Alvaro de Campos, que tanto impresionó a más de una generación de poetas y lectores, retrocede un poco, y dan un paso al frente el propio Pessoa y Caeiro.

En épocas de desconfianza ante las derrotas de los entusiasmos excesivos, este último dice, por ejemplo: "Si las cosas fueran diferentes, serían diferentes: eso es todo./ Si las cosas fuesen como tú quieres, serían como tú quieres./ ¡Ay de ti y de los que se pasan la vida/ queriendo inventar la máquina de hacer felicidad!". O rescata el cuerpo como lector de la realidad, respecto a la cabeza: "Cierro los ojos y la dura tierra en que me recuesto/ tiene una realidad tan real que hasta mi espalda la siente./ No preciso raciocinio donde tengo espalda."

A Fernando Pessoa, en cambio, lo agobia el aburrimiento, la repetición: "Saber que mañana habrá el mismo mundo –¡cómo nos desalegra!" En otro momento dice: "No busques ni creas: todo está oculto". Lo escribe el hombre que se carteaba con el mago y satanista inglés Alistair Crowley, como lo contó uno de sus traductores, Angel Crespo, al prologar cuentos de Crowley. Pero la energía confusa del espiritismo y el ocultismo no perturbaron la claridad lingüística de Pessoa. En todo caso se puede especular (sólo eso) con que le abriera la puerta a la posesión múltiple de sus voces poéticas con nombre, apellido y vidas propias. En su "Autopsicografía" reconoce que "El poeta es un fingidor./ Finge tan completamente/ que llega a fingir que es dolor/ el dolor que en verdad siente."

Portugal es un país que está casi cayéndose del mapa de Europa. Argentina está en el borde absoluto de América. Esa marginalidad y lejanía geográfica produjeron dos voces centrales como las de Borges y Pessoa, hombres escépticos y cargados de humor (nihilista en ambos casos, más "serio" en Pessoa), que desbordaron por completo las fronteras nacionales de tierra y lenguaje para marcar un siglo. En Pessoa, el pensamiento conmueve, en vez del sentimiento. La tentación es la pura cita, la invitación a leer, sin agregados, aunque se recaiga en la bibliográfica. La mejor serie de citas "enganchadas", de todos modos, es leer directamente esta antología.♣

PASTILLAS RENOME

Claudio Zeiger



LA COMIDA CRIOLLA (MEMORIA Y RECETA)
Margarita Elichondo
Ediciones Del Sol, Buenos Aires, 1997
284 páginas, $ 15,50

Mucho más allá de un recetario –pero sin dejar de incluir recetas para poder llevar a la práctica–, este libro es una muy interesante introducción a lo que podría denominarse el acervo gastronómico argentino.

La autora explica que "como la alimentación popular es una manifestación regional, no es posible hablar de una cocina nacional sino de la suma de cocinas regionales, interrelacionadas, debido a las constantes migraciones internas", y en tal sentido divide su estudio, y las recetas, en cinco capítulos dedicados a los ámbitos noroeste, central-cuyano, nordeste, pampeano y patagónico. Escrito con un evidente espíritu de reivindicación de lo que podría denominarse una gastronomía de resistencia, esta "memoria y receta" toma posición frente a la comida desculturizada, la de fast food, pero también frente a los embates consumistas de los restaurantes étnicos que ofrecen comida pero desgajada de las raíces. Para quedarse pensando mientras se mastica una empanada salteña, un pucherón correntino o un guiso de chacra.



CUANDO LAS MUJERES DEJAN DE ODIAR SUS CUERPOS
Hirschmann y Munter
Paidós, Barcelona, 1997
420 páginas, $ 29

Cuando las mujeres dejan de odiar sus cuerpos... lamentablemente engordan. No es un gran problema si se tienen a mano recetas tan buenas como las comentadas a la izquierda, pero el problema del culto a y la tiranía del cuerpo es un poco más complicado que una carbonada con mandioca más o menos. Dos psicoterapeutas, Jane Hirschmann y Carol Munter, vienen investigando el síntoma que han denominado "fiebre del mal cuerpo" y que consiste en el odio (no disconformidad, no desajustes: *odio*) que sienten muchas mujeres hacia su propia imagen en el espejo. Ellas creen que eso no está bien. Que hay que aceptarse y comer sin culpa porque no todas las personas –chicas– tienen por qué ser iguales. Proponen en este libro una serie de consejos y ejercicios para recuperar primero, el cuerpo; segundo, el apetito; tercero... ¿adivinan? Sí: *a ti misma*. Más allá del tono un poco meloso que suelen adoptar los terapeutas a la hora de "autoayudar" a la gente (misteriosa cuestión de estilo que se deberá investigar alguna vez), la información proporcionada es útil para quien realmente la requiere.



POLENTA CON PAJARITOS
El Tomi
Colihue, Buenos Aires, 1997
150 páginas, $ 21

Aquí, la comida ya adquiere un sentido metafórico: titular *Polenta con pajaritos* debe ser una de las maneras más poéticamente desoladas de referirse a la infancia pobre. Y ésta es la materia de la serie de historietas que fueron publicadas en la revista *Fierro* y ahora recopiladas en un solo volumen. "El Tomi une historieta e ilustración para contar la vida del Conejo y de los otros chicos de las orillas. Las aventuras son mínimas: huidas de la policía, jornadas de caza y pesca, excursiones al centro, romances tímidos. La otra aventura es mayor: la mirada con que se construyen, se imaginan, se recuerdan tal vez, esas peripecias. *Polenta con pajaritos* es la mejor recreación gráfica del mundo de la niñez que ha hecho nuestra historieta", afirma Pablo De Santis acerca del trabajo de este dibujante rosarino, Tomás D'Expósito, alias El Tomi. Tener todas seguidas a las aventuras de Conejo permite ver la evolución tanto en el plano de la ilustración como de la narración, y en suma es un placer para los amantes de la buena historieta argentina.



NOTICIAS DEL MUNDO

✣ *Underworld*, la nueva novela de Don De Lillo (foto) es, entre muchas cosas, un homenaje a la máquina de escribir. De Lillo confesó recientemente a *The Paris Review* que siempre escribe a máquina porque le gusta que los borradores se apilen en su escritorio: "Siempre existe la posibilidad de que tenga que buscar algo anotado en el final de alguna página". Y la máquina de escribir le permite revisar anteriores versiones de un texto, cosa que el procesador de textos dificulta; el *delete* es un viaje de ida. Otro escritor que prefiere la Underwood a la Mac es Elmore Leonard. Durante una lectura de sus obras, un integrante del público le preguntó por qué no se compraba una computadora, así podría escribir más rápido. Respuesta de Leonard: "Claro, como si eso fuera lo que siempre quise lograr: escribir más rápido".

✣ En su nuevo libro, *The End of Order*, Francis Fukuyama analiza el fenómeno que caracteriza como la "gran disolución": un cambio social que involucra el declinamiento de la familia y cuyo índices más evidentes son el incremento de los divorcios, crímenes, abuso infantil y falta de participación ciudadana. El autor de *El fin de la historia y el último hombre* atribuye su expansión por Estados Unidos y Europa a la disminución permanente de la confianza entre los diferentes grupos sociales. Pero también afirma que la confianza y la fraternidad, sentimientos que aglutinan las diferentes organizaciones sociales, implican además una cierta desconfianza hacia los "extraños". Fukuyama deja a la sociobiología la misión de revisar la factibilidad de ciertos postulados sociológicos, entre ellos, que el hombre pueda construir una sociedad "mejor".

✣ En el film *I Shot Andy Warhol*, de Mary Harron, el patrono del pop era retratado como un hombre en permanente estado de estupor, aterrorizado por los insistentes reclamos de la ultrafeminista/anarquista Valerie Solanas. Ahora Harron, no contenta con pulverizar el mito Warhol, la emprende contra uno de los libros más representativos de la pasada década: *American Psycho*, de Brett Easton Ellis. Aún se ignora quiénes integrarán el elenco, pero conociendo la voluntad iconoclasta de Harron, se pueden esperar tres cosas de su próximo proyecto: una gran película, escasa fidelidad a la obra y un despiadado fresco de la Era Yuppie. Más de cine: luego de los dispares resultados de *La tabla de Flandes*, *Territorio Comanche* y *El maestro de esgrima*, otra novela de Arturo Pérez-Reverte llega al cine, esta vez de la mano de Roman Polanski. *El club Dumas* comenzará a rodarse en mayo en París, Madrid y Toledo, bajo el título provisorio de *La novena puerta*, con el niño bonito Johnny Depp como Lucas Corso.

✣ M. R. James fue uno de los maestros de la literatura de terror. A pesar de ello, muchos de sus relatos jamás fueron publicados en castellano, dejando a sus seguidores en la disyuntiva de aprender otro idioma para leerlos o prender velitas al santo correspondiente para lograr su traducción. Pues bien, parece que las plegarias de miles de devotos de James han sido escuchadas. Valdemar ha publicado en España sus obras completas, en un volumen de 400 páginas. Ahora sólo resta prender otras tantas velitas para que el libro llegue a la Argentina.

✣ El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) ha vuelto a la atención pública. En *El sueño zapatista*, el sociólogo francés Ivón Le Bot dialoga extensamente con el Subcomandante Marcos y otros jefes del movimiento, sobre sus objetivos y convicciones y su intento de "liberar", pero "sin teología".

Sala Leopoldo Lugones

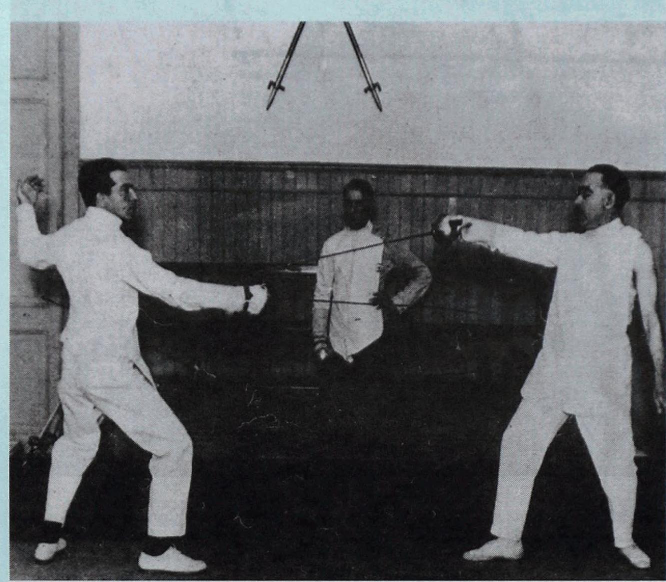
El 17 de febrero de 1938, el autor de Lunario sentimental *se suicidó en el recreo El Tropezón, en El Tigre. Canonizado por militares y manuales escolares, Lugones puede ser analizado desde otro punto de vista.*

Alfredo Grieco y Bavio

Pocos escritores argentinos han debido hasta tal punto su fama a la acción póstuma de las corporaciones como Leopoldo Lugones, cuyo suicidio en el Tigre conviene recordar el 17 de febrero. Si hay que atender a las penúltimas declaraciones de Alfredo Astiz, la Marina ha sido siempre antipopulista y anticatólica. No es casual que profesores de la Escuela Superior de Mecánica de la Armada (ESMA), liceos navales y organizaciones afines hicieran del poeta cordobés uno de los baluartes del férreo Occidente que defendían los gobiernos del Proceso. Por cierto, a esta canonización precedió una larga serie, donde habían intervenido desde el diario *La Nación* hasta los manuales escolares que lo citaban como modelo de gramática, léxico y métrica. Hasta las impugnaciones, como las célebres de Noé Jitrik o David Viñas, de algún modo confirmaban la urgencia del debate y la centralidad del personaje.

Aun antes del suicidio, un acierto involuntario desde el punto de vista de la hagiografía literaria, la vida de Lugones era ya una leyenda. Los contemporáneos interesados veían en la suya una trayectoria ejemplar de versátil converso a una derecha nueva en sus formas y pregones, pero que no renunciaba a sus seguridades solariegas y heráldicas, a su elitismo de "torva aristocracia". Manuel Gálvez recordará sus ademanes viriles, pero no distinguidos, y su palabra sonora, vibrante, enérgica y áspera. Ancestros y progenie: la asociación de Leopoldo padre con su hijo suicida, el torturador promotor de la picana, es tal vez injusta pero inevitable. También con su nieta, la periodista y militante Pirí. El 17 de febrero de 1978 es la fecha de su asesinato por el régimen que exaltaba a su abuelo, que previamente la paseó por sus campos de concentración.

Lugones había vivido una vida para nuestra edificación: demostraba que era posible cambiar, y cambiar para mejor, con firmeza, encontrando el buen camino y, lo uno por lo otro, la estabilidad del funcionario público. A veces, no era el público quien compraba las reducidas tiradas de sus libros, sino el Ministerio de Guerra y otras instituciones de beneficencia. Por detrás de los cambios que exaltó la posteridad se encontraban continuidades que en nada disgustaban al extremismo militarista que en 1930 derrocó a Hipólito Yrigoyen. El elitismo era una de ellas. El anarquismo inicial de Lugones era de minorías, de masas guiadas desde la prudente altura de las torres: "Mi bandera roja ha flameado sobre la cabeza del Pueblo, como un relámpago sobre una cumbre", publicaba en la revista *Ideas*.



LEOPOLDO LUGONES: ESGRIMA EN EL CÍRCULO MILITAR. SU SUICIDIO, PARA EL ESCRITOR JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ, "FUE UN FINAL DESLUCIDO, NADA ÉPICO PARA UN POETA/ NOSTÁLGICO DE GLORIAS Y FASTOS MILITARES".

"Aun antes del suicidio (un acierto involuntario desde la hagiografía literaria), la vida de Lugones era ya una leyenda. Los contemporáneos veían un ejemplo en su versátil conversión a una derecha nueva en sus pregones, pero que no renunciaba a sus seguridades solariegas y heráldicas, a su elitismo de *torva aristocracia*."

Otra constante, que después supo seducir a federalistas nostálgicos, era el provincianismo. En cuarenta años porteños, Lugones conservó el eco del acento de la Villa María natal. Era admirado como gran criollo: "País de mierda, Rusia", le decía a Alberto Gerchunoff, el autor de *Los gauchos judíos*. La provincia, desde la Capital, es a la vez un programa y un repertorio de temas, un catálogo de fiestas, aves, preceptos morales, leyendas y respetos; es unificar en un solo paisaje la fe (folklórica, necesaria para capataces y peones), la vida familiar, la gastronomía, la vida comunitaria, el sentido de las diversiones permitidas y las expediciones punitivas contra lo prohibido.

La Capital significó para Lugones los buenos modales del modernismo. Aquello que lo convertía, según decía Almafuerte, en un Almafuerte para señoras. Pedagogía de muselina: "donde la luna abrirá su aula / y yo seré tu profesor de suspiros". Es cierto que un estilo no se adquiere con la misma facilidad que una opinión política. Después del Proceso, nuevos defensores de Lugones, que procuraron oponer su estética a su política, encontraron en él el correctivo de las comodidades de las vanguardias, el artesano de la frase y del verso que les daba así una lección a los desposeídos. Hay que decir que también a ellos les interesaba Lugones simplemente como figura, como antepasado que los defendía contra la masa ágrafa que no sabía escandir.

Borges, que tanto lo elogió y escarneció, hizo famoso a Lugones por sus rimas infelices (calma con alma, cielos combos con chinescos biombos), aunque este desencantado convencimiento era ya, quizás, compartido por muchos. A veces las consonancias sorprenden (frac con Balzac, como Darío tenía Schumann con perfuman), pero también es fama que esas novedades son las que se desgastan (es lícito que muchos prefieran el virtuosismo en la yuxtaposición de Damon Albarn, de la banda británica Blur: "Leyendo a Balzac, dándose con Prozac" –y todo en una rima interna–).

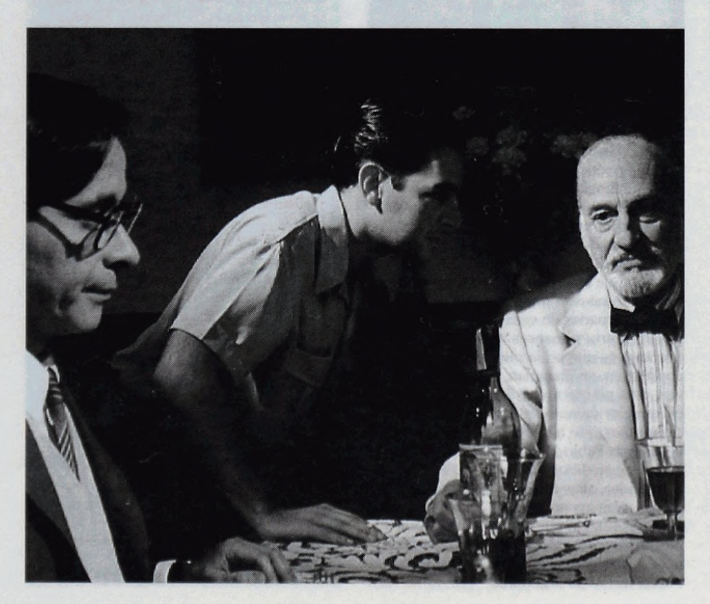
No todos los marinos fueron paladines de Lugones y de la hora de la espada. En 1993, un ex alumno del Liceo Naval, C. E. Feiling, publicó *Un poeta nacional*. Esta novela de aventuras es sin duda la más interesante y sesgada revaluación en los 90 del vate inspector de escuelas. A su autor le fascinaban las incomodidades y contradicciones de Lugones, ese nacionalista a quien recordaba por haber dicho que era preferible que los ingleses tuvieran las Malvinas, ya que los argentinos no sabían qué hacer con ellas. La fascinación no desemboca en el homenaje: su poeta nacional es un arribista cínico, un versificador contumaz, un cómplice arrogante, admirado o vencido ante un aparato estatal al que sabe incapaz, todavía, del mecenazgo simultáneo de corrientes opuestas.♣

LAS SIETE DIFERENCIAS

Dolores Graña

Asesinato a distancia

Qué quedó y qué cambió del cuento de Rodolfo Walsh en la película de Santiago Carlos Oves e interpretada por Héctor Alterio, Patricio Contreras y Fabián Vena (foto).



1 La adaptación de Oves aporta mucho de su cosecha, pero es a la vez literal y literaria. El abuso de la voz en *off*, las reiteraciones y el innecesario prólogo inicial arrojan como resultado final traición literaria y pésimo cine.

2 En el cuento de Walsh, Lázaro (hijo del primer matrimonio de Silverio Funes y medio hermano del muerto, Ricardo) es descripto como una especie de Buda de desagradable aspecto físico. En la película, lo interpreta Fabián Vena, a quien no debe responsabilizarse por el claro ejemplo de casting apocalíptico. En la película, la lógica de Lázaro –que cumple un importante papel en la resolución del crimen– y su afición al ajedrez se dejan de lado en favor de risotadas grotescas y malos modales en la mesa, por no hablar de la actuación.

3 A pesar de que en el ejemplar de *Variaciones en rojo*, donde está incluido el cuento, se ofrece un plano detallado, las locaciones son completamente distintas.

4 En el cuento, la relación entre el detective y Silverio Funes es formal: aunque Walsh lleva a Daniel Hernández de vacaciones a Villa Regina, la casa de Funes, no hay indicios –como insiste la película– de que sean amigos.

5 En el film, Herminia, la antigua novia de Ricardo y ahora de Osvaldo, es una criatura un tanto gelatinosa, defecto achacable tanto a las dificultades de Laura Novoa para componer su papel, como al endeble lugar que le destina el guión, que incluye coqueteos con Daniel. ¿Estaría de más apuntar que Herminia era rubia?

6 En la reconstrucción del crimen y la posterior deducción de la identidad del asesino –sencillo: es el peor actor de todo el elenco– Oves se ha tomado las mayores libertades. Basta decir que cambia el móvil y el lugar del crimen, el arma homicida, los motivos de la discusión previa al asesinato, y como si no fuera suficiente, la participación estelar del comisario Jiménez antes de tiempo.

7 Aunque se podrían encontrar muchas diferencias más –invariablemente en favor del original de Walsh– basta señalar dos elementos agregados por Oves, que hablan con elocuencia del resultado final de su adaptación: un mayordomo nazi y un perro policía. ¡A leer el relato!